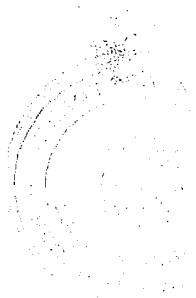


800-11369
6991

RICARDO CRESPO ANDRADE

BIBLIOTECA NACIONAL
Quito-Ecuador



BRUMA EN LA

CORDILLERA NOVELINA

DE LOS ANDES

10424 1993

804817-J.

QUITO, DICIEMBRE DE 1937

Imp. Industria



BELLA COMO UN LAMPO MAÑANERO

Son las seis de la mañana sobre el azul del paisaje andino. La apoteosis de un sol tropical cae en la hacienda "El Paraíso". Una brisa acariciante riza las melenas rubias de los cañaduzales.

La hacienda está de fiesta. Hasta el corazón de la peonada se ha engalanado para recibir la visita de la "patrona" que viene de la ciudad en temporada de vacaciones. También la ciudad, con su gran murmullo y sus mil diversiones, fastidia como fastidian todas las cosas de la vida. . . . y un baño de sol de campo hace tanto bien al espíritu humano.

Solo Atahualpa, el hijo del mayordomo Montezuma, divaga por los setos en actitud huraña. Este indio joven tiene unas cosas raras, una tristeza de inadaptación profunda. Se diría que a veces evoca el reinado de los hijos del sol y que debajo de su poncho policromo late un corazón como un volcán de rebeldía. . . .

El ojo del sol guiña sarcásticamente mirando y remirando el paisaje otoñal. La casa de la hacienda tanto tiempo sin alma y sin vida, volverá a palpitar de nuevo: con risas como gorjeos y con zumbidos de colmenar humano. Las puertas cerradas chirriarán sobre sus goznes en un dulce quejido de sorpresas.

10424-93

De pronto una nube de polvo se divisa a la distancia, ambulando sobre la cinta gris del camino. Suena ya el tamborileo de los cascos de la cabalgata, se oye el resoplido de los animales briosos y se pueden divisar los cuellos tensos y las bocas espumosas de los nobles brutos.

Han llegado. Los corceles hacen un alto brusco, frente a la estancia soleada. Primeramente desmonta el "amo" don Remigio de la Torre, profesor de la Universidad, chapado a la antigua; "feo, católico y sentimental" como diría don Ramón del Valle Inclán. En su cabeza de pensador ha comensado a nevar el invierno de la vida. Hombre de biblioteca y cátedra, muy poco conoce de la difícil ciencia de las realidades: su título de Doctor en Jurisprudencia le ha interpretado, con opacidades de pergamino, mirar los demás horizontes de la existencia.

Luego asoma la figura prócera de doña Consolación de la Rosa, mujer opulenta y de vibraciones todo voluntad, esposa de don Remigio, pero que más bien debiera llamarse su marido, pues es ella quién dirige casi en todo las riendas del hogar. Su estribillo habitual para con el respetable consorte es el siguiente: "métete tú en tus libros y déjame actuar a mí"....

Los peones se sonríen al mirar como mientras el amo espera que el mayordomo le ayude a desmontar, la patrona salta del caballo con agilidad casi varonil....

Pero a quién todos se disputan en atender es a la niña "Esmeralda".

Y en verdad que vale la pena servirla de rodillas, con ese nombre sugestivo de piedra preciosa y con una belleza de tipo aristocráticamente floral, es capaz de enloquecer hasta a las piedras del camino.

Bella como un lampo mañanero, blanca como una flor de lis o como una estatua de mármol, rubia como un trigal donde fulgurasen amapolas de labios sangrantes, se diría que es el "Hada Primavera" que cada año

viene a visitar los campos para llenar de savia los huertos y de perfumes los paisajes.

Tiene veinte años plenos, es decir veinte cisnes navegan en el estanque de sus ojos azules, veinte estrellas endiamantan y coronan su frente de princesa.

Algunos creen que es un defecto, otros creen que es una gracia más; pero Esmeralda de la Torre y de la Rosa, se distingue por su pose altanera, por su ritmo de superioridad que se impone sobre todo y sobre todos. Si algún pintor se hubiera propuesto hacer una creación de la "Aristocracia", seguramente habría copiado su gesto habitual.

Los demás son: un muchacho de catorce años, estudiante de colegio que se llama Rodolfo y que es inquieto como un ciervo y la hermanita menor Estela cuyos diez años no conocen sino de la atmósfera convencional del convento en el cual se educa.

Vienen de la ciudad a poner un paréntesis al eterno cotidiano y vienen a las ubérrimas vegas del pensil pautense, en donde sus antecesores legáronles la bella hacienda que no en vano se conoce con el nombre de "El Paraíso".

Mamá a los dos años vuelvo a escuchar la canción de este río filarmónico que no se cansa de hacer música de día y de noche dice Esmeralda, con un mohín de ensueño en los labios. Tú recordarás que hace un año pasamos la temporada de verano bajo la atmósfera perfumada y elegante de la Capital de la República y no se qué aleteo de recuerdos interiores se abate sobre el marfil de su frente evocadora....

Ya te vas a poner triste como un poeta anticuado contesta doña Consolación....

No, mamá ¿por qué? Todo en la vida tiene su hora y su engaste de oportunidad. Ayer fue el salón y el ritmo de la danza el minuto de parque y el paseo en la avenida; hoy es la pampa abierta, el oxígeno respirado a pleno pulmón, el río de ondas murmurantes, los potros que galopan rítmicamente y el viento de

Agosto, que abanica el rostro con brusquedad.... Quizá más me gusta el presente, tiene un sabor extraño y hace contraste con la vida que en las urbes se arrastra..

Esta muchacha lleva en las venas todo lo que yo no he tenido de sentimental. Si no te conociera a tí, mujercita, diría que no es mi hija, comenta en tono dogmático don Remigio ...

Y se procede a la ceremonia heráldica de abrir las puertas enmohecidas. La tristeza ha caído en forma de polvo sobre los muebles que tanto tiempo no han visto la luz del sol. En el silencio de lo abandonado, tan solo la obra benedictina de la polilla ha estado carcomiendo el maderamen antiguo. Hánse empañado las lunas de los espejos como pupilas que se hubieran nublado en llanto.

Esmeralda, quitándose febrilmente la ropa de viaje, se arroja sobre los brazos abiertos de una amplia Chaiselong, exclamando: ¡oh chaiselong!, yo te profeso un cariño profundo, porque reclinada en tu seno leí las primeras novelas que fueron las únicas que me han hecho llorar: "María de Jorge Isaacs", "Atala y René" de Chateaubriand; "Cumandá" de Juan León Mera, etc.... Porque desde la tibieza de tu acogida, aprendí a descifrar el alma poética de la naturaleza y porque muchos ocasos punteados de golondrinas me enseñaron a volar por azules de ilusión mientras mi cuerpo descansaba en ti....

Terminada esta dulce letanía, mientras su madre le regaña por haber ocupado los muebles antes de limpiarlos; Esmeralda, inquieta como una mariposa e inestable como un rayo de luz, sale a los vetustos corredores y de ahí al campo pleno. Es la curiosidad enfermiza de una niña mimada y caprichosa.

Se deleita viendo como el rubí de un chirote o el oro gorjeante de una bandada de jilgueros salpica el terciopelo gris de los campos en sazón. Un arroyo cuchicheante pasa junto a la casona apergamizada y allá

va Esmeralda, para contemplar como las ondas tejen y destejen el encaje de la espuma y como se desperla en burbujas el raudal de plata. Atahualpa, el indio de mirada hundida en ayer lontano, se hace el encontradizo. Y, entre llamaradas de rubor primitivo, se atreve a decir: niña Esmeralda ¿le gusta el campo? Lo que no me gusta es que cualquiera me pregunte acerca de mis emociones, responde secamente, duramente, la niña con nombre de piedra preciosa. Y dejándole al intruso todo alelado de confusión, se dirige a la casa de hacienda.

¡Pobre Atahualpa! En vano puso en su voz los tonos más suaves y los acordes que él creyó más melodiosos, como los de la ocarina que tanto adora! "Qué niña tan linda y tan brava" se queda comentando. Y piensa en un desgarrón de verdad que equivale a desgarrón de herida": cunado se nace cholo no hay derecho a levantar la cabeza para fijarse en las estrellas del cielo inasequible. Pero es algo superior a sus fuerzas. No depende de él. Se siente atraído, "jalado" por la beldad enorgullecida. No porque se viste de poncho, se deja de tener un corazón debajo de aquella prenda. El aspiraría solamente a tenderse a los pies de la niña Esmeralda; a ser como el perro y como el gato para que de vez en cuando élla le acaricie y para que quede vez en cuando élla le castigue y le dé de foetazos y puntapiés. Lo malo es que solo se cumple la última parte de su ideal pequeño y miserable.... Cosas de la vida....

Sin motivo el solríe en el paisaje. Un negror infinito ensombrece la interioridad de Atahualpa. Ser fuerte, tener los brazos robustos como para deserrajar robles y domar animales salvajes.... y sin embargo sentirse impotente ante una leve figulina de cristal y ante la ruda crueldad del destino.... Es triste verdad?

EL ARRIBO DE LOHENGRIN

Indolentemente arrimado al pilar del amplio corredor; Raúl Solórzano y Seminario, medita en las tristezas de la vida en general y en las de la vida suya en particular.

Veintitrés años mal gastados a través de sirtes y escollos, a través de túneles y sótanos, a través de curvas y abismos; bajo la luz eléctrica de los bares y bajo el maleficio de Saturno que diría Pablo Verlaine. Ha exprimido a la vida todo el jugo de placer que ella puede brindar y ahora ya ella se le presenta como una naranja seca y ahora un sabor ácido amarga sus labios prematuramente marchitos.

Lo peor de todo es que no puede seguir gozando. Acostumbrado a escribir billetes de amor al reverso de un cheque, resulta que la fortuna heredada al padre difunto está en vísperas de concluirse. Apenas le queda a su madre y a él, la hacienda en donde están de veraneo y una casita en la ciudad, propiedades ambas gravadas con hipotecas que equivalen a ventas a plazo.

Trabajar? Para qué! Es tan lento y tan difícil aquello de reconstruir una fortuna. Además para eso no solo se necesita querer trabajar, sino saber trabajar. Raúl no ha tenido tiempo de aprender a luchar por la vida. Mejor dicho, jamás ha descendido a preocuparse de tales pequeñeces.

Pero, existe un capital del cual todavía no ha dispuesto y que ahora piensa emplearlo en forma magnífica. Se trata del capital soltería. Solo que es preciso buscar el mejor mercado para aquella inversión.

La chica de la Torre es un espléndido partido. El infeliz del padre se ha tomado el trabajo de ir amonto-

nando centavo tras centavo hasta redondear una muy apreciable suma. Dicen los entendidos en materia financiera que por lo menos posee un millón de "ayoras". Bien vale, pues, la pena de unir para siempre su existencia con la de tan significativa heredera.

Únicamente falta saber si ella accederá al negocito de Raúl. Porque, por añadidura, es bella y por consiguiente, solicitada. Jamás ha pensado él en enamorarla, pues tiene fama de orgullosa y llena de poses y caprichos. Pero, en las situaciones de emergencia, es preciso arriesgarlo todo. De cualquier modo, pensar en la necesidad de pegarse un tiro.

Raúl tiene una historia galante, extensa y rica de incidentes. Pocas son las mujeres que le han resistido. Casi no recuerda de ninguna. Apuesto y varonil, con unos ojos negros de mirar profundo, unos labios sensuales, una gallardía rítmica y una extraña simpatía que no se sabe en dónde reside. Es el tipo del don Juan, temido por las madres que cuidan del porvenir de sus hijas y deseado en sueños por estas últimas.

Temeroso de no poder despertar un celo en el corazón de Esmeralda de la Torre, se retira con lentitud del corredor a un espejo confidente. Se mira, se acicala, contempla la impolitez de su ropa de campo a la negligé y... no puede reprimir una sonrisa de satisfacción que divaga en sus labios acostumbrados al gesto dominador de féminas. Todo un caso de narcisismo.

Regresa a la sala y sin preámbulos exclama, mira mamá... ¿Cuándo nos vamos a visitar a la chica de la Torre, que ha llegado anteayer? Es hasta una falta de cortesía no acudir a saludar a las buenas vecinas... y más aún, si además de buenas son bellas. Como tú madre mía...

Ya estoy acostumbrada a tus locuras. Pero, te advierto que con Esmeralda no has de poder burlarte ni siquiera tejer el flirt del devaneo ocasional. Tenía

decidido ir hoy a visitar a la familia de la Torre y de la Rosa, no exclusivamente a la chica de la Torre, como dices tú Raúl....

La buena señora que así contesta a su hijo, es una viuda estimable que frisa en los cincuenta y cinco años, que ha resistido con una estoicidad musulmana los embates de la senectud y que posee dos particularidades, dos características típicas: una nariz aguileña bastante pronunciada y un ilimitado amor al único hijo de sus entrañas, aquel a quien todo lo ha tolerado y sin mengua de la idolatría maternal. Por lo demás, es una mujer tan vulgar como cualquiera otra y puede llamarse de cualquier manera, sin embargo en los salones se presenta como la señora Eulalia Seminario viuda de Solórzano.

Si quieres acompañarme, prepárate Raúl. Son las dos menos un cuarto y la tarde es más propicia para las visitas de campo.

Raúl no se hace repetir y, por el contrario dice: yo estoy listo. A tí, mamá, te concedo el plazo máximo de un cuarto de hora para arreglarte.... Y se pone a silbar el tango de moda.

Pocos momentos después llegan los Solórzano-Seminario a "El Paraíso". Nombres de las haciendas de este pedazo de la sierra: la de ellos se llama "Primavera". Está casi contigua a la de Esmeralda. Y en la desolación de los campos, en donde todo se mancha de primitividad y en donde la carencia de vida social es como un gran vacío, intensifican los lazos efectivos de la vecindad y toda la caravana veraniega se siente una sola familia cordial.

Señorita Esmeralda, tengo la suerte de expresarle mi voz de bienvenida a este paisaje de égloga en el que Ud. será indudablemente la mejor ninfa de la floresta y la más sugestiva ondina del río secular.

Le acepto la galantería, con tal de que no haya sátiros ni silvanes tras de los árboles de este rincón en-

cantador—responde Esmeralda picarescamente y con una sonrisa de enigma descifrable tan solo por el maestro Frend.

Y así los hubiera ¿qué tendrá Ud. que temer? Ellos se redujeran a contemplarla en silencio y a admirarla desde el fondo de sus nervios emocionados.... O no le gusta a Ud. ni siquiera dejarse admirar por los que hallan en el camino una visión tan deslumbrante?

No en vano me pintaron a Ud., Raúl, como a un profesional del tenorismo. Se ve que cultiva el piropo como la flor predilecta. Pero, si yo he de decirle la verdad, valga la pena de manifestarle lo siguiente. He tenido oportunidad de bucear tanto en las profundidades de la vida, que ya no me llama la atención la erizada espuma de las apariencias..... Y talvez desearía, si algo deseo, la cordialidad cristalina, el trato llano y familiar, el brote sincero alejado de poses y de sistemas de conquista fácil. Es mejor que haya tenido con usted una explicación de esta índole al principio, pues como pienso pasarme con algún amigo, la temporada de vacaciones, quisiera que este amigo aprenda a descifrarme.

Será lo que Ud. quiera, amiguita mía. Empieza Ud. con el alarde de una verdadera dictadura. Qué vamos a hacer!

Este diálogo se cruza entre los dos jóvenes mientras los papás están charlando entusiastamente sobre el buen sol de Agosto, sobre el viento de vacaciones, sobre el rendimiento posible de las cosechas, sobre el tiempo que se fue y que siempre es el mejor.... y sobre una porción más de puerilidades parecidas.

Esmeralda ha hecho a flor de labios lo que acaba de expresar. Verdad que hasta ahora ha sido la indómita para el amor, la pantera azul que ningún domador logró amansar; pero en el fondo es mujer y trescientas noches ha soñado en el divino Lohengrin que un día arribará a la orilla de su alma estremecida, caballero en el cisne simbólico. La verdad es que ningún hombre de

los que la cortejaron, fue lo suficiente interesante para llamarle la atención.

Con Raúl, cambia el escenario. . . . No es un hombre del montón, tiene su aureola de leyenda, ha sido un coleccionista de corazones de mujer. Nunca le ha hecho el amor y en el capricho de las princesas está el atar a su carroza precisamente a los más reacios y a los que aparecen más indiferentes.

No existe todavía el estallido del amor entre los dos; pero hay dos factores que van a apoyar la comedia pasional en el gran guiñol de la existencia. El busca a la mujer que venga cargada de joyas en los dedos de las manos y con un testamento salvador en la cartera. Ella alienta el capricho de divertirse en vacaciones sintiendo bajo el taco Luis XV de sus zapatos la capa de terciopelo del eterno don Juan. . . .

Si don Remigio, con sus ínfulas de filósofo, avanzara a husmear todas estas cosas, de seguro que pontificara diciendo: bien puede ser que la mano caprichosa del destino una los alamares de modo que por ellos pase la verdadera corriente eléctrica. Lo cual traducido al buen romance de la vulgaridad, quiere decir. No hay que jugar con fuego. . . .

El sol de las tres de la tarde incendia la amarillez de los maizales en sazón y tiende un tapiz de oro en los caminos vecinales. La naturaleza aletargada es como un pulmón que respira rítmicamente al compás del viento fugitivo. Con el cuadro amplio de la campiña al frente, hace mal estar enmarcados en los calabozos de las habitaciones. Es por eso que salen todos. Don Remigio y doña Eulalia, Raúl y Esmeralda, doña Consolación y los niños, a esparcirse como una bandada de aves por los huertos opimos y a tostarse de calor panetista y fecundante. . . .

Y el destino que asecha detrás de una enramada, sonrío como el espíritu burlón de "La Musa del Arroyo" de Emilio Carrere. . . .

SALVANDO A UN TIBURON DE AGUA DULCE

En el día señalado para vivir la escena de teatro realista intitulada "La Pesca". En días pasados la monótona canción de la lluvia arrullaba al sol bambino recubierto con gasas de invierno, le arrullaba en ver-sence elegíaca hasta que se duerma sobre la cuna cárdena del ocaso. El río está ahora crecido, dicen los labradores de la comarca y en verdad que sus ondas de color amarillento hacen tumbos broncos y formidables. El agua bate el acantilado secular deshaciéndose en espumarajos de caballo desbocado. Un típico matiz de "guarapo" maduro espejea en los remolinos.

Mal día para la pesca? ¿Por qué? Aquella diversión constaba en el programa de veraneo con fecha determinada y acaso es mejor que la tempestad haya alborotado el pequeño mundo sub-fluvial de los peces. En lugar de pescar con barbasco, se pescaría con red.... Qué más da?

¡Qué lastima para el proletariado rural! Cuando el barbasco costeadado por los patrones ha intoxicado a todos los habitantes de la jaula de cristal, cualquiera puede recoger con un palo al cual háse estado el canasto recolector minadas de peces plateados y bronceos.

A todo lo largo del río suele vibrar de placer y actividad la feria humana de una interminable procesión de gente.

Para hoy son relativamente pocos los pescadores. Los patrones han hecho repartir redes entre la peonada de las dos haciendas: "El Paraíso" y "Primavera". Y también los amos se han reservado algunas para el sport de la pesca. A fin de que haya abundancia de

frutos vivos, ordenóse que se arroje diariamente al seno del agua.

Esa es precisamente la señal de principio de festividad panteísta. Vibran los dinamitazos acordados por la resistencia de las olas y toda la doble familia se precipita hacia la orilla. En esta mañana clarea el paisaje como si la pupila del sol destendiendo su pesado párpado de nubes se hubiera abierto de par en par con el objeto de contemplar la escena sugestiva.

Las redes son cilindros de madera portátiles a los que por él un extremo háse adaptado un cono invertido cuya boca es de canasto y cuyo fondo es de tejido que deja filtrar el agua pero retiene a los peces. Para hundirlo con éxito en las ondas es preciso saber la técnica de su manejo.

Raúl acaba de pescar un bagre desmesurado y exclamaciones de júbilo le felicitan a porfía. Esmeralda no tiene éxito por una vez y otra vez; al fin arroja su red murmurando: "Yo nací sólo para pescar rayos de sol y para cazar ilusiones"... Don Remigio pesca una cosecha de bichos mediocres, sin ninguna particularidad, se diría que busca peces recortados sobre el patrón de una sola medida. La viuda no se siente capaz de pescar nada ni a nadie, acaso desde que perdió a su idolatrado esposo. La señora Consolación es la que con más acierto y maestría va amontonando cuábulos de gelatina viva en los depósitos preparados ad-hoc.

Atahualpa, vestido con su ropa dominguera, como para llamar la atención, es indudablemente el mejor pescador de la caravana: el que con más gallardía arroja la red, el que con mejor ritmo la mueve dentro de las olas, y el que con más destreza saca la pesada carga de su recolección. Pero, como es cholo, ninguna mirada aristocrática se digna fijarse en su labor, pues, tal una estatua de bronce viviente, sigue pescando a buena distancia con una seriedad de forzado de la vida....

Por su frente de eterno vencido pasa una idea trivial. Ha cogido un bello ejemplar: bañado de plata, irisado de la luz como un prisma que descompusiera el blanco espectro solar; de amplio pecho sedeñamente; de grandes aletas vibradas; de cola restellante; de ojos que se cierran a la molestia de la luz intrusa; y de cuerpo que todavía palpita con las convulsiones de la agonía. Quiere ofrendarle a la niña Esmeralda. Aunque sea para que ella le arroje por la cara el presente campesino. Y como piensa hace....

Patronita, no se enoje Ud. con el pobre indio Atahualpa.... Mi red ha sorprendido a este bello pescadito y yo he querido dedicarle expofesamente a Ud. Basta con que Ud. lo mire para darme por satisfecho de mi trabajo.

Ah, con que este magnífico paisano de las sirenas y de las ondinas, es mío?.... Pues, entonces, Atahualpa, la mejor merced que yo puedo hacerle es la de la vida.. Arrójale de nuevo a las ondas, veremos cómo resucita.

Pero niña Esmeralda, si ya está bien muerto. Sería como arrojar un cadáver a la tumba flotante, dice Atahualpa con una voz en la que palpita el dolor del presente no aceptado.

Por toda contestación Esmeralda le arrebató el pez luminoso y lo lanza a las olas vertiginosas, dándose la exquisita voluptuosidad de mirar como se convulsiona en un espasmo de placer supremo al volver a la vida y luego se sumerge en el líquido abismo....

Con esa inestabilidad propia de las mujeres caprichosas, en seguida ordena:

Atahualpa, cómo quedarte alelado, contemplando el misterio de las olas, prepara la balsa que deseamos pasar a la otra orilla.

Mira chica déjate de locuras. El río está crecido y la tragedia acecha dentro del menor pretexto.—Subraya, don Remigio—....

Es que no les vamos a invitar a ustedes señores y señoras. Pasaremos únicamente Raúl y yo. Y eso si él quiere acompañarme. De lo contrario, pasaré yo sola.

Además, como una póliza de seguro contra accidentes, confiamos en la pericia de Atahualpa, el balsero y nadador sin igual. . . . No hubo que hacer. Debían dejarle pasar en balsa, a riesgo de estropear el día entero disgustando a la reina de la pesca.

Para una amazona que goza en montar a caballo y con la imaginación es heroína de cien novelas, resulta muy lógico, algo como un juego de salón, asirse de la crin del río embravecido. Una emoción más, en la búsqueda de temblores que agitan el sistema nervioso cansado.

Atahualpa no se resiste. Es un desafío a su orgullo de domador de las fuerzas de la naturaleza. Y con el timón de las grandes energías sabrá domar los ímpetuos de cualquier tempestad.

Se embarcan sobre el vado conocido, mejor dicho lo que en tiempo de normalidad fue vado. Al principio, los sacudimientos de la balsa tienen un matiz de promiscuidad galante entre la pareja que el azar une sobre la vorágine.

Restos de naufragio llamaría cualquier pintor al cuadro que las dos mamás y el padre contemplan anhelantes, desde la orilla, con las miradas retorcidas de ansiedad.

Hasta la mitad del río casi ha ido en línea recta el rompe olas frágil. Esmeralda se siente la diosa de la tormenta y no puede reprimir un grito de júbilo salvaje. Raúl ha empalidecido notablemente y se puede deducir que se arrepiente haberse sumado a la locura de una muñequita frívola. Ella comprende la emoción del macho venido a menos y entre risas argentinas le dice: Raúl, Ud. no es mi tipo de hombre, no sirve ni para acompañarme un cuarto de hora, menos serviría para

acompañarme a través del largo recorrido de la vida....

No se avanza a oír lo que Raúl balbucea en contestación, pues un viraje imprevisto de la balsa por poco les lanza sobre la muerte y sobre la furia de las olas que no perdonan. Esmeralda se sobrepone a la conmoción del minuto e indaga por la causa del amago de siniestro. ¡Cuál la sorpresa suya! Atahualpa ha dejado de manejar el timón y parece que se hubiera dormido con los ojos abiertos sobre el madero salvador....

Esmeralda fulmina una mirada relámpago sobre el indio en cuyas manos están la vida de ella y de Raúl. Atahualpa, le dice, es así como respondes a quien ha confiado en la destreza de tus brazos y en la nobleza de tu corazón?.... Raúl, súbitamente envalentonado, se gasta en el siguiente desplante: oye, cholo, en qué piensas mientras tus patronos escapan por milagro de las fauces de la muerte?

Atahualpa, como quien despertara de un sueño o de una lucha interior terrible, entre el bien y el mal, empieza a manejar el timón y contesta entre dientes: Amo, yo pienso en que he perdonado la vida a un tiburón de agua dulce....

¿Qué dices hombre?, aquí no hay tiburones.... responde Raúl sin escuchar bien la frase ni menos descubrir el esotérico sentido de ella. Esmeralda comprende el terrible drama pasional que se agita en el corazón del indio y que por poco culmina en una tragedia irreparable, pero confía en que la sugestión ejercida por ella ha conjurado toda clase de peligros....

En efecto arriban sin novedad a la otra orilla y un lenguaje de semáforas escrito con pañuelos avisa a los tres viejos que todo es felicidad en la aventura de la pareja juvenil. Triscan algunos minutos por las piedras milenarias de la ribera, juegan abanicando la arenilla sutil, desgajan un poco de cañas del próximo cañaveral y se aprestan para el regreso. Esmeralda expo-

ne: no es justo prolongar por más tiempo la agonía de nuestros padres. Volvamos. Solo Atahualpa ha permanecido mustio y cabizbajo como si le doblegara el remordimiento de haber pretendido por un momento ser malo....

Pero, nadie podía presentirlo, la pincelada final del agua fuerte, debió ponerla el azar y solamente el azar.... En la trayectoria del regreso, mientras Esmeralda y Raúl comentaban divertidamente la altura de un tumbo o la duración de un encaje de espuma, se oye un grito de angustia como aquellos que se confunden con los bramidos de la pampa. Es Atahualpa que se halla impotente contra el oleaje famélico, pues, sin saber cómo, acaba de destrozarse el timón.

Inmediatamente un remolino tritura entre sus fauces famélicas la endeblez de la balsa y arroja a distancia los cuerpos de los tres navegantes. Una ráfaga de locura atraviesa por el campamento de los viejos, quienes sufren las torturas del ahogamiento aún antes que las mismas víctimas.

Don Remigio, el hombre serio y académico, empieza a desvestirse con brusquedad como para emprender una labor de salvamento, para su edad imposible. Doña Eulalia trata de contenerle agotando todo recurso. La señora Consolación, más ecuánime y mesurada, corre a dar la voz de alarma entre la peonada que pesca a lo lejos, ignorante de la tragedia imprevista.

Pero, Atahualpa reacciona del garrotazo insospechado y hiende las olas como un tritón en actitudes de gallardo dominador. Llega hasta donde se agita entre convulsiones el cuerpo de Esmeralda, se siente orgulloso de abrazarla siquiera en esta situación y manejando él un solo brazo se dirige hacia la orilla alborotada de alaridos, sollozos y llantos. A minutos parece que desfallece, a minutos parece que prolonga intencionadamente el placer del salvamento.... De re-

rente una ola cubre a los dos, la angustia se hace silencio, un silencio trágico y supremo, pero Atahualpa sobrenada, magnífico y triunfante. Una última brazada, y ha llegado a la orilla en donde le esperan tres corazones vehementes.

Todos piensan lo mismo: ¿Y Raúl? Muchos metros abajo se le ve todavía hacer esfuerzos desesperados, pero la lentitud de ellos indican que la catástrofe es inminente. Esmeralda vivamente interesada en el flirt de veraneo, se incorpora y haciendo una violencia máxima le dice a Atahualpa: Si me quieres, sálvate a Raúl. Hazlo por mí....

El indio duda al primer impulso. Salvar a un rival, cuando sólo de él depende el dejarlo morir. Pero, la niña Esmeralda le ordena. Quiere aparecer ante los ojos de ella como un espíritu noble y exquisito.... y cerrando los ojos a todo, acallando a la pantera que ruge dentro de sí, se lanza de nuevo a las olas....

Uno, dos, tres, diez, veinte minutos.... y llega Atahualpa acezando de fatiga y emoción con el náufra-go semi-inconsciente en los brazos. Don Remigio, a medio vestir y loco de alegría se encarga de hacerle las tracciones rítmicas de la lengua y los movimientos respiratorios consiguientes, hasta que Raúl vuelve en sí y sécanse las lágrimas de doña Eulalia....

Empieza el festejo de la resurrección. La vida es así. Sobre el motivo más trágico se puede levantar una arquitectura de placer.... Solo que todos se han olvidado de Atahualpa, el pobre indio, héroe máximo de la jornada....

Esmeralda, con la frivolidad encantadora de toda mariposa humana, acariciando a los peces de lomo plateado y vientre terciopelado, comenta: por poco cambiamos de morada, hermanos peces, ustedes a la tierra y nosotros al agua. Y dirigiéndose a los demás: casi

se termina la fiesta con una pesca de cadáveres humanos. ¡Lástima que no haya sido así! por ese entremetido de Atahualpa....

IV

EL LEITMOTIV DE JULIETA Y ROMEO

Frente a la noche enlunada y temblorosa de estrellas, Esmeralda se pone a pensar, indolentemente acodada sobre el ventanal de Oriente.... No sé qué tiene el claro de luna para volver románticas a las personas más indiferentes.... y más el misterio del campo, donde todo es propicio para el ensueño.... Bien saben esta verdad sentimental una porción de poetas, desde Virgilio hasta Francis Jammer, desde Teócrita hasta Juan Ramón Jiménez....

Un brote de subconsciente revelóle hace tres días no más que el capricho por Raúl iba transformándose en una llamarada pasional, sin que ella se de cuenta de la curiosa metamorfosis íntima. Cuando, en la pesca memorable, le imploró al indio Atahualpa que salvara del naufragio a su compañero de infortunio, ella misma dentro de un desdoblamiento espiritual escuchó la vibración de voz que salía de su garganta.... y un temblor de emoción ingenua retorciase en el acento suplicatorio, desnudando las palpitaciones de un corazón que ama, bien distintas del interés humanitario por una víctima de tragedia común. Recuerda claramente, como si fuera en este momento las palabras textuales de aquella imploración involuntaria: "Si me quieres, Atahualpa, sálvale a Raúl. Hazlo por mí...." y era tanto más de notar el grito subconsciente, cuanto que la que

lo lanzara aún no acababa de despertarse por incompleto a la realidad, después del brusco garrotazo en la nuca asestado por el destino. Equivalía a decir. "Si me quieres, sálvale a ese pedazo de mi corazón que las ondas arrebatan. . . .

¿Desde cuando el amor, con su imprevisto salto, logró escamotear el sentimiento de mera curiosidad simpática que ella alentara por el conquistador de corazones femeninos, por el hombre que gustaba aromar su vida con ramilletes plurales de pétalos vivos? ¿Y desde cuando llegó a sustituir esa tendencia de puro sport afectivo con la fuerte raíz de fibra palpitante que se hunde vísceras adentro y que luego hace un tallo formidable como de arteria aorta?

En la página en blanco de su psiquis extraña, Esmeralda siente como se enarca el cuello de ganso de un signo de interrogación: si la vida hiciera un pareado con los asonantes, no diremos consonantes, de su alma y la de Raúl. . . . ¿Cómo podría encausar el torrente curvilíneo y desgarrador del temperamento de su amante? ¿Cómo podría adaptarle al plano de la existencia y darle la serena fecundidad de las misiones benéficas? Tal vez un milagro del amor omnipotente fuera la clave transformativa. El amor, como antaño la fe, transporta montañas y rellena abismos. Pero, nadie puede revelarlo, no late amor en el alma del don Juan; él cotiza su leyenda en el mercado de la comedia humana, en la gran bolsa de las farzas sentimentales. . . . Y ella se deja engañar con apariencias, con máscaras de sonrisas forzadas. . . . es el pecado de haberse creído bella y sugestionadora, sin conocer a fondo el precipicio de la canallez hombruna. . . .

Agitada por cien marejadas de vaivén emocional, hasta el extremo de que los senos núbiles y turgentes palpitan como queriendo destrozarse la prisión del sostén de seda, Esmeralda espera la primera cita con el elegido de su alma, de su alma en vano misteriosa, en vano com-

pleja, en vano contrastante con la vulgaridad ambiente... El frío de la noche acuchilla el paisaje, haciendo tirititar hasta a las hojas de los eucaliptos estremecidos, pero hay fiebre en sus venas y ella no lo siente. ¿Qué va a sentirlo? Si su corazón es una hoguera bajo la luna y sobre el campo; si su rostro de tinte marmóreo se arrebola con matinales rubores de colegiala....

La mujer que nunca ha amado, la que nunca ha querido amar, aquella que los hombres llaman machona y la gente dice, "orgullosa", "imposible"; cuando se deja vencer por la fuerza biológica contra la cual se ha luchado durante toda su juventud, suele amar con más primitividad que los que amanecieron muy temprano y con más ímpetu que los que han ido desgarrando en el camino, su pobre corazón fragmentado.

Arrebozado su capa de antiguo bohemio, en la capa española de gran señor arruinado, perflase, por la avenida de los árboles frondosos, la silueta del bien amado que llega. Raúl, adrede no ha querido venir con el poncho típico del valle florido, sino con la donairosa prenda con la que en la ciudad extraviábase por los barrios apartados para seducir a las costureritas suburbanas o de ambulada por los boulevares enharinado de luna bajo los balcones de vitrales que se entreabrían mágicamente. Como diestro buceador de psicologías femeniles, adivina qué pose golpeará más fuerte en el corazón de la soñadora Esmeralda, en cuyas manos jovescas con mucha frecuencia viera "La Novela Semanal", "La Novela de Hoy", "La Novela Corta"....

Es el eterno leitmotiv de Romeo y Julieta. Ella, palpitante de amor, sobre el balcón de una casa de campo. Y él aureolado de apariencias, al pie del ventanal iluminado, listo a fingir la canción del idilio....

Reinita nunca creí que en el campo hubiera encontrado la primavera para mi jardín prematuramente otoñado. Pero, aspiro engastar una piedra preciosa so-



bre el anillo de mi corazón, una divina Esmeralda de clarores evanescentes y sutiles... He mal gastado mi juventud en la búsqueda dolorosa de la felicidad, corriendo tras de espejismos absurdos y acercando mis labios a cisternas de haces amargas. No sabía cuán cerca de mí estaba el ideal cien veces soñado y cómo así me pasaba rozando la silueta de la dicha suprema. Ahora, estrella sin igual de esta noche constelada, yo te imploro que desciendas hasta el fondo de mis sombras de abismo y no rehuyas la misericordia de luz de tus pupilas sobre la negrura de las horas mías...

Oyes Raúl... A cuántas mujeres habrás dicho lo mismo! En cuántos oídos ansiosos habrás vertido las dulzuras de análogas fraseologías. Cuántas almas como estanques habrás alborotado sin motivo con la pedrada de una traición o con el derrumbe de una comedia fácil! Yo solo quiero decirte que no soy de aquellas mujeres con las cuales se puede jugar impunemente... En el peor de los casos, destrozará la porcelana de mi sentimentalidad, pero un espíritu terco y acusador te ha de seguir a través de todo el camino de la vida, interponiéndose entre tú y los anhelos tuyos... jamás perdonaría la crueldad de haber deshojado los pétalos de mi corazón. Si no te sientes capaz de iluminar mis horizontes, aléjate de la flor cuyo perfume aspiras hoy día acaso por mera voluptuosidad.

En verdad, todo lo que he hecho con las demás mujeres, el destino quiere que pague contigo. Si por desgracia, tú, Esmeralda, no me amaras, tendría que zambullirme de cabeza en el oleaje de aquella desesperación que suele arrojar tan solo a la ribera del suicidio o a la ribera de la locura. Te adoro de tal manera qué sin tí la vida me sería un harapo inútil, una cosa por demás y quizá algo más trágico: un cilicio torturante, una carga demasiado pesada e intolerable. Dime, Esmeralda, que me amas, quiero oírlo de tus labios perfumados... Y entonces seré otro hombre, el ser nue-

vo, tanto tiempo aletargado, despertará en mí.... Y despertará con bríos, con ansias de triunfar, en la formidable vehemencia de conquistar el pequeño lote de felicidad al que todos tenemos derecho. Indudablemente lo que me hacía falta es la inyección de optimismo inoculada por las manos de seda de la mujer ideal. Quiero que sólo lo escuchen mi corazón, la luna, las estrellas y esta noble avenida de eucaliptos milenarios: Esmeralda, me amas?.... Ausculta tú la sinceridad que se retuerce en mi voz dolorida y trémula....

Raúl no tengo vergüenza de decirte que te amo. Al comienzo tuve un capricho por tí, te soy franca. Pero, insensiblemente he llegado a quererte. Tengo la esperanza de regenerarte, de hacer que las ondas de mi pasión te dejen espiritualmente limpio y puro.... Déjate querer por mí, mi amor te salvará y redimirá.

Esmeralda quisiera oír más cerca de tus labios la frase faro, que orientará el rumbo de mi existencia. Quisiera acallar en tu boca el ritmo del amor que florece y quisiera arrullarte sobre mis brazos febriles como a una ilusión recién nacida.

Y, sin esperar autorización de Esmeralda, Raúl, trepa diestramente al balcón enlunado, con aquella agilidad delatora de su antigua costumbre de raptor y escalador de mil obstáculos.

Ella se incomoda en apariencia. Abre los vitrales y entra en el gabinete contiguo. Raúl no se da por vencido ante aquella actitud. En vez de seguirla lamenta el dolor de no ser comprendido y dice que ella no debe amarle, pues la única prueba pasional, tan pequeña e inocente, que demanda, es negada así en una forma rotunda, con un cerrarse de puertas sobre sus manos implorantes.

Esmeralda no puede resistir a la oleada cálida y envolvente de la voz del amado. Sale otra vez al balcón, resuelta a ofrendar el tesoro de sus labios a la

avidez del conquistador. Pero, nada más que el tesoro de sus labios....

En este momento la luna de cuarto menguante, paréntesis de plata que nadie cerrará en el papel de esquela del cielo infinito, sufre un eclipse súbito bajo la velatura de un tropel de nubes cómplices. Se diría que es la bujía eléctrica apagada intencionalmente a la pupila que se cierra para no contemplar el choque de ascuas de los labios febriles, la caricia inédita de temblores escalofrantes, el abrazo que tritura columnas vertebrales y el latido de los senos femeninos sobre el corazón del amado.

Ningún reloj puede medir el tiempo que dura un éxtasis pasional. Ninguno, ni siquiera el tic-tac de relojes alocados de los corazones a dúo. De pronto la clarinada de los gallos mañaneros desgarran el silencio de la naturaleza adormilada, tal una puñalada de ruido sobre el corazón de la noche, la luna, a ratos, encubridora, rompe sus velos auspicantes y esplende en un claror como para a punto finalizar la penumbra del idilio....

Adiós, Esmeralda. Hasta mañana. Ya eres mía eternamente mía. En espíritu y en verdad....

El eco de un último beso es ahogado por el quejido de las hojas secas que el viento helado de las tres de la mañana arranca a los gomeros azules y a los abetos seculares....

Después?.... Los vitrales que ciérranse prudentemente en algo como un dulce gemido de despedida. Y el ruido de pasos que se alejan por la avenida, con levedad de tacos de caucho, pues Raúl no quiso asistir a la cita con los clásicos zuecos del campo.... Y nada más, otra vez el silencio profundo del cosmos que vuelve a quedarse dormido por algunos minutos—.

Cuando ya todo ha callado, de entre las enramadas surge un ruido violento, como de animal salvaje que abandona su guarida. Crepitan los árboles, se abre un boquerón en las paredes vegetales de la avenida,

y aparece la silueta del indio Atahualpa, enfundado en su poncho y con rictus de angustia infinita en la cara que la luna ilumina de lleno. . . . ¿qué pasará por el alma del indio como una tempestad sin nombre? . . .

V

COMO ES LA REINA DE LA CAMPIÑA

¿Habéis presenciado alguna vez, en cualquier declive de la serranía, el rito del culto a Seres que durante las cosechas pintorescas es conocido por el lenguaje campesino con el nombre típico de el "deshoje" Pues, aunque sea sin el permiso de la orgullosa señorita Esmeralda de la Torre y de la Rosa, os invito a presenciar un cuadro de esta índole en la galería cromática de "El Paraíso".

Apenas el tibio amanecer de Agosto pincela la caricia áurea de un sol magnífico sobre los montes azules, las vegas esmeraldinas, los raudales de plata y las manchas aceitunas de los bosques frutales; comienzan a llegar a la casa de hacienda todos los numerosos jornaleros del lagro, los siervos de la gleba, los que tienen un pedazo de tierras en el latifundio del patrón y los que devengan con la fuerza de sus brazos y el sudor de su frente un puñado de plata anticipada a cuenta de trabajo. Hombres, mujeres, niños, en mosaico de todas las edades, forman algarabía de una tropa lista a sacrificar sus energías en beneficio del amo.

El patrón es bueno: Oh, sí. . . . les descuenta a razón de dos reales por cada jornada de trabajo, y sólo parece que de repente el mayordomo se equivoca

al apuntar en la tarja, símbolo de la carne lacerada del indio, pues nunca se acaba de cancelar la deuda.

Familias enteras vienen a la ruda labor: el padre, la madre, dos hijas, tres hijos, dejando únicamente en el chozón lejano a los niños incapaces de trabajar, para que cuiden el rebaño de siete u ocho borregos y para que pongan fuego bajo la olla de mote. Son los niños semi-desnudos y descalzos de los campos, para quienes la vida amanece siempre con bruma.

Toda la peonada de "El Paraíso" ha sido convocada con el objeto de dar principio al deshoje. Nadie dice: deshojamiento.... ¿Para qué? no por la pureza gramatical de la expresión, la labor ha de dejar de ser la misma.

Sesenta y tres peones, cuenta el mayordomo, han faltado siete. Pobres de los remisos. No sólo se les descuenta el día de trabajo, sino se les multa y se les pone en la lista negra de los indeseables....

Y todo sin tomarse la molestia de averiguar por las causas del incumplimiento a la orden señorial. ¿Acaso los ex-hombres tienen derecho a enfermarse, a sufrir una calamidad doméstica o a poseer cualquiera otra razón para dejar de servir?....

Los grandes bancos de maíz recién segados, como unas bellas canteras de oro que hubieran surgido a flote en relieve magnífico, esperan ser hurgadas por cien manos ansiosas para entregar el tesoro de las mazorcas de perlas de Ormuz escondidas en sus senos.

Se inicia el trabajo en plena pampa, a las ocho de la mañana. Junto a cada hilera de cañas de maíz almacenadas, los deshojadores ostentan sendos sombreros de paja toquilla para cubrirse de los rayos fulminantes del sol veraniego.

Se diría una bandada de gaviotas posadas en la tierra por picotear el grano de nácar y marfil.

Toda la campiña exhibe la precoz calvicie de los rastrojos. Uno que otro tallo seco vibra a compás del viento, tal una cuerda arrancada, con ese quejido doloroso de los instrumentos musicales, destrozados. La luz parece que se encharca en las quedades de tierra gris y negra que se dibuja de trecho en trecho cual desgarraduras del manto amarillo del otoño.

Entré los deshojadores figura el hijo del mayordomo, Atahualpa Montezuma, ese muchacho que se multiplica en mil actividades y que es un verdadero maestro en todas ellas. Pero no se qué le pasa, comentan sus amigos y conocidos; se le ve tragar por los caminos, cabizbajo silencioso y sombrío; de repente sus labios se entrecierran para pronunciar palabras que nadie entiende. ¿Talvez los malquerientes le habrán hecho víctima de algún hechizo?

No se sabe a punto fijo. Por qué distinto está de cuando vino de Guayaquil y era el alma de la serranía, con la canción de su risa cristalina y el claro de sol de su alegría dinámica? Se ha marchitado prematuramente y nadie conoce el por qué. . . .!

Ahora trabaja en silencio, trabaja intensamente con el ceño fruncido, como si algún dolor punzante se retorciera en el fondo de su cuerpo robusto o como si alguna idea trágica aleteara bajo su frente cobriza. Ya no es el trabajo entusiasta y coronado de sonrisas, el trabajo fácil de la vida sana y la juventud pletórica, alegrado por la bendición de una felicidad íntima. Sin embargo, el rendimiento es el mismo de antaño: en un abrir y cerrar de ojos, llena su canasto de mazorcas, que ríen como bocas que exhibieran sus dientes finos y luego va a depositarlas en el montón común.

Entre las deshojadoras que se han colocado a lo largo de otro banco, separadas de los hombres, se destaca la silueta de Adelaida Campos, hija del viejecito aquel que deshoja al final del primer banco y que es indudablemente el más antiguo de todos los jornaleros, que con el

sudor de su frente ha remojado la tierra ajena, la tierra del patrón.

Se llama Adelaida Campos, pero si fuera noble o, por lo menos si fuera rica, como la niña Esmeralda, llamaríase Adelaida de los Campos. . . . Y entonces cualquiera creería que Adelaida es el nombre de alguna flor maravillosa y sugestionadora, tal que si se dijera: Clemátide de los Campos, Amapola de los Campos o Azucena de los Campos.

Por qué en verdad de verdad que evocan la visión de una flor sutil extraviada en los riscos serraniegos, aquella frescura y aquella lozanía que tiene la cholita de "El Paraíso". . . . Es que este paraíso como el de Mahoma está poblado de huríes de carne y hueso, huríes palpitantes de encanto primaveral.

Morena como la del "Cantar de los Cantares", morena como la tierra que hace savia de cañas de azúcar y de dulces chirimoyos, morena como las prehistóricas vírgenes del Sol; la Adelaida posee una gracia tan en tono menor, una simpatía de fuente clara, una dulzura como de miel de colmenar campestre, un ritmo de noches de luna con encantos de gallos y aullidos de perros; en fin, un no se qué encantador que dice de brisa de río, de honor de pampa. Ojos negros y profundos como pozos de luz en donde naufragaran millones de alas de cuervos; boca de labios rojos y sensuales como granada entreabierta por el picotazo tempranero de algún mirlo audaz; sonrisa que fulge como el arco iris sobre el cráter de un volcán; nariz pequeña y joyescamente miniada en bronce heráldico; mejillas pinceladas con el "rosado de la naturaleza"; ojerás ennegrecidas como medias lunas de sombra o paréntesis de ébano; la coquetería de un ojuelo picaresco en la barbilla, el tallé exuberante de palmera tropical; los senos en estallido de madurez opima. . . . Tal la reina de la campiña; la gacela más bella de toda la co-

marca, la fruta más provocativa de estos huertos tropicales.

Aún los detalles primitivos de la manta de pelo endrino que en cascada de diamantes negros le cae a lo largo de la espalda, como invitando a decir lo de Guido da Verona: "Suéltate las trenzas, María Magdalena" y de los pies descalzos que resbalan por las asperezas del campo, como bouquets rosados de carne ruborosa, contribuyen a imprimir un sello de armonía panteísta a esta edición a la rústica, del gran poema del eterno femenino.

Puesta el toquilla coquetón y con los grandes ojos húmedos y espantadizos clavados en la sementera por deshojar, con la risa que le esboza a flor de labios y con fiebre de la agilidad en las manos trabajadoras, Adelaida atrae la atención de todos los mozos del agro. De todos, menos de Atahualpa. Y es precisamente a él a quien de vez en cuando y entre rubores delatantes, se dirigen sus ojos negros, cuidando de que no le sorprenda ninguna mirada indiscreta. ¡Cuanta dulzura, cuanta emoción contenida, cuanto cariño próximo a verse, palpita en los ojos de ella siempre que se posan como mariposas de seda, sobre la indiferencia de él? . . . Se dijera que es un corazón estremecido el que se diluye en la caricia de luz de una mirada, como ofreciendo una vida entera de mimos, una eternidad de cuidados infinitos para curar la tristeza del enfermo de no se qué extraño mal.

Antes, hace pocos meses, se decía a sotto-voce en todos los corrillos comarcanos, que Atahualpa cortejaba a la reina de la campiña y que Adelaida no era indiferente a este amor. Hasta los viejos patriarcas de la esteva y del arado miraban complacidos este acoplamiento de roble y palmera, de potro y de gacela, de dos magníficos productos de la tierra maternal y a veces exclamaban: ¡Qué diablos! que se quieran los muchachos: el uno merece a la otra y la otra es digna de él. La vieja comadre parlanchina y lenguaraz se limitaba a decir: "están parejitos" . . .

Pero, acaso fue una leve inclinación simpática de Atahualpa mal interpretada por la misma Adelaida, la que se dejó incendiar por la hoguera de la pasión suprema. Acaso se interpuso entre el amor de los dos, entre el amor que pudo ser y no fue, alguna hada mala y perversa.... Acaso.... lo cierto, lo único dolorosamente cierto es que Atahualpa finge no comprender el amor de la chica campesina y ella finge ignorar la causa de la neurosis de Atahualpa.

Deshojan, en medio de un murmullo de voces, de un coro de risas y de un estallido de bromas campestres, a veces hirientes como cardos y a veces ingenuas como un puñado de hierba. Para acelerar la faena y hacer ligero el trabajo se ponen a "mizhar", es decir apuestan a qué grupo termina más pronto la obra fijada de antemano por el patrón. La apuesta es para una invitación a cuyes que puede realizarse o no, pero que ya sirve para bello pretexto del día y, deja un sabor de fiesta en los labios.

Adelaida dice: qué chiste! Ustedes los hombres como más fuertes, nos han de ganar forzosamente. Formemos otros grupos, mezclándonos entre hombres y mujeres. Y no puede reprimir una mirada hacia el sitio que ocupa el elegido de su corazón.

Juan, el pícaro de Juan picado por el poco caso que le hace la Reina de la Campiña, subraya el incidente con delectación morbosa, murmurando: Ya sé por qué dice eso, Adelaidita. De seguro que Ud. trabajaría con más ardor y con más placer junto al hombre de sus simpatías. Pero, parece que eso equivale a pretender incendiar el hielo....

Sea lo que fuere Juan, ten la certeza de que el hombre de mis simpatías no ha sido, no sois ni lo serás nunca, tú.... Replica vivamente Adelaida, dibujando en sus labios incitantes un gesto de desdén supremo. Ya ves Juan, para esto te metes. Si te dijimos que Adelaida

no te quiere y que haces mal en odiarla por este motivo, corea el grupo de sus compañeros.

Juan, lastimado en su amor propio, prefiere no contestar, antes que lanzar una descarga de groserías. Dos minutos de silencio. Y Atahualpa que, durante la conversación anterior se ha mantenido hermético, pontifica: es mejor que nos mezclemos. Probaremos una vez más la mayor valía (si hubiera leído a Marx, hubiera dicho la plus valía) de los hombres. El desafío es entre los dos sexos. Y continúa trabajando maquinalmente, con la cabeza baja y los ojos entornados.

En voz baja, con el miedo que inspira el león aun cuando esté dormido, brotan las alusiones indirectas. El más atrevido musita: el que ha alzado los ojos para contemplar las estrellas del cielo, tiene que inclinar la cabeza por largas horas sobre la tierra doliente. Juan dice: A Atahualpa ya no le gustan las mujeres, él prefiere a las diosas. . . .

En tanto sigue la charla, a flor de minuto interrumpida tan solo por el ruido de los "tipidores", clavos de madera con los que se desgarrá el papel vegetal que cubre las mazorcas; Atahualpa siente dentro de sí el complejo de una lucha, paradoseal: todo lo que él tiene de indio debiera prosternarse ante la figura de Adelaida, pero no es así; el alma del cacique quiere engastar en su corazón una Esmeralda de aristocracia. El sabe que hace mal, pero no puede remediarlo. Entre Adelaida y la niña Esmeralda pasaría por el puente del crimen para llegar hasta la última.

¡Quién sabe si Atahualpa paga con la tragedia de su vida el pecado de algún lejano conquistador de América. Guerrero o fraile, aventurero o poeta, cualquier hijo del Cid y nieto de Don Quijote, debió dejar gotas de su sangre caballeresca sobre el bronce vivo de alguna hija del Sol y nieta de los Andes. Sólo de este modo se explicara biológicamente por qué Atahualpa tiene gustos refinados y no mismo puede contentarse con el dulce sa-

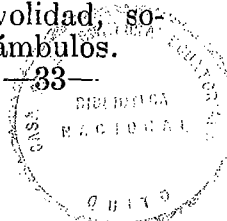
bor de la fruta del huerto aldeano. . . . He, ahí como, al cabo de muchas generaciones, acaso, se destroza una vida humilde, por obra y gracia del ancestro clandestino perdido en la noche de los tiempos. . . .

VI

ELECTRICIDADES DE NOMBRE CONTRARIO SE ATRAEN...

Una festividad en el campo es doblemente festividad. Porque allá se ha ido en busca de solaz y con sed de esparcimiento. Porque bajo el sol sin hipocresías y sobre la pradera desnuda también los hombres dejamos la máscara del convencionalismo y nos sentimos ingenuos como una mañana fresca y espontáneos como el proceso botánico de una floración. Es por eso a que con la bendición de cualquier pretexto se polarizan todas las alegrías y todos los entusiasmos en algo como una electro-tensión de potencial psicológico incalculable. Es por eso que sin esperar tarjeta de invitación, la sangre moza danza y ríe en las venas y hasta los corazones viejos piruetan como saltimbanquis profesionales y virtuosos de la santa locura juguetona. . . .

La música aldeana de guitarra y concertina hace temblar los vitrales de la casa solariega. Voces espasmodizadas de alcohol, retuercen la gama vulgar del pasillo: "Cuando tú te hayas ido me envolverán las sombras" Y las parejas tejen febrilmente la filigrana de un baile típico de los Andes. El natalicio de doña Consolación, bien vale la pena de una pirotécnica de buen humor y de un estallido de frivolidad, sobre los campos tachonados de luceros noctámbulos.



Esmeralda sonríe, enfuna la farra con el plenifunio de su alegría iluminante. Pero en el fondo de su corazón de niña mimada y caprichosa, ahoga el resentimiento profundo de unos celos sangrantes. Es la herida en el orgullo de hembra imperial y magnífica, orgullo de reina traicionada. Raúl tiene la culpa, pues ha dejado traslucir su interés donjuanesco por la Adelaida Campos, la chola, la sinvergüenza, como dice Esmeralda, o la reina de la gañanía, como dicen todos los caballeros de las haciendas aledañas. Algo más: Esmeralda sorprendióle el otro día en la persecución del felino a la presa asustada y, apenas él pudo disimular diciendo que preguntaba por Atahualpa, el indio que por poco le asesinó en la pesca memorable y que luego, por una paradoja extraña, le salvó la vida.

Esmeralda tiene el orgullo suficiente para no haberse dado por aludida; élla con su perfumada petulancia de flor exótica no podía figurarse que Raúl la posponga ante una campesina vulgar. Sería lo mismo que confundir una condesita con una crisoberilo o el aroma de un retamal con un frasco de narciso negro.... Era la realidad, pero una realidad tan absurda como para cerrar los ojos ante ella....

Y eso que Esmeralda no conocía la plenitud de la comedia, restallante como un latigazo y acerada como un puñal de ironía.... Raúl acosaba a la mariposa de la campiña y ésta huía de él con un temblor que si no era odio, era por lo menos: miedo. El espanto del recental ante el aullido del lobo, la conmoción de la tórtola ante la sombra del buitre, la convulsión de la mosca multicolor en medio de la red de la araña asesina....

Para Raúl la frescura de la moza rural, tiene un no se qué de supremante provocativo, un no se qué de atracción infinita. Pero no puede poner sitio en forma a la plaza indefensa, segura víctima de sus planes maquia-

vélicos, por el temor de perder la mano enjoyada de Esmeralda.

Es el mismo caso de Atahualpa pero a la inversa y con la variante del amor romántico con relación al amor sexual. Ambos pueden decir tanto; el cholo iluso como el Don Juan ciudadano, lo de la consabida ley física: electricidades de nombre contrario se atraen y electricidades del mismo nombre se repelen. Acaso una de las profundas claves de la pasión radica en la belleza del contraste.

En el "Paraíso". Sigue la farándula. Raúl anota la protocolaria frialdad, el displicente retraimiento de Esmeralda para con él, pero no sabe a qué causa atribuir este fenómeno. Por más que piensa y se devana los sesos, no encuentra la raíz de dichos sentimientos. Al fin, termina por filosofar de este modo: son cosas de la neurosis de una muchacha rara y de una sexualidad contenida. Sistema nervioso clasificable por Freud. Temperamento versátil y capaz de polarizarse ya en un extremo, ya en otro. Lo peor es que esa neurosis puede alejar para siempre la perspectiva de una solución de mi vida.

Como nunca Esmeralda despliega la pompa de su exquisitez. Danza como una bayadera; cimbreo sus caderas con ritmos de serpiente que se enrosca en el árbol del bien y del mal, taconeo sus zapatos, como para remachar clavos de crucificaciones pasionales, vibra y se retuerce toda ella como una llamarada de hoguera satánica; deja en el ambiente un perfume maldito de mujer caprichosa en plena floración; se diría una Josefina Baker empastada con blanca piel de satín.

En verdad eclipsa a todas las chicas presentes. Sus dos primas: Aida y Leonor, que han venido de la ciudad con el exclusivo objeto de festejar a la tía, parecen desempeñar el rol secundario de damas de honor de su Majestad Serenísima. Y es preciso saber que hace meses en los corrillos de salón se contaban escenas de

Leonor con Raúl.... Aquello pertenecía al pasado, a las copas vacías que dijera Gutiérrez Nájera y nadie pretendía resucitarlo....

El hermano de Aida y Leonor, Cornelio Rombeira un buen chico de esos de montón, hace una pareja ideal con su mujercita insignificante de una simpatía adocada. Y entre los hombres, sólo resta incluirle a don Remigio, aun cuando por la seriedad que se gasta y por los años que se carga, casi es un ex-hombre.

Doña Consolación añora el sol cálido de su juventud histórica y como ya no tiene admiradores ni cortesanos se recrea en su hija y reparte a todos por igual un rayito de su aureola de fervores inagotables como que siempre y en todo vive un hipérbole. Doña Eulalia sin duda por la eterna obsesión del marido difunto, piensa que don Remigio es en todo igual, en todo hasta en el modo de bailar....

Por momentos, el entusiasmo culmina en el meridiano del delirio. El alcohol arde en las venas con la llama azul de los reverberos. La música como un oleaje envuelve los cuerpos de las bailarinas y les arrastra fuera de la realidad. De rato en rato, un grito cohete va a estallar en los pies de doña Consolación.

Esmeralda no ha demostrado ante nadie el drama que se agita en el fondo de su corazón pretensioso, pero la ráfaga de una idea extraña acaba de cruzar tal un pájaro desconocido, bajo su frente de marfil. En una psicología como la de ella, las ideas se vuelven caprichos y los caprichos se transforman en hechos.

Siente de pronto una necesidad infinita de estar a solas. Quisiera acariciar su plan satánico. Esmeralda piensa al calor de los celos y del vino: si Raúl la engaña con Adelaida. ¿Por qué no pudiera hacer lo mismo con Atahualpa? Sabe perfectamente como el indio le ama con locura y aun cuando ella no le quiere ni puede quererle, sin embargo un capricho tiene la sugestión de lo anormal y raro....

Un escalofrío inusitado pero voluptuoso atraviesa por su columna vertebral y va a irradiarse en la periferia de la piel venusina. Se le ha clavado la obsesión en plena neurona. Prejuicios de moral, convencional, nunca las ha tenido ni los tuvo, ya los perdió con Raúl, en las citas bajo la luna. . . .

No puede aguantarse más. . . . ¿Qué hacer? se levanta de la silla y pidiendo disculpas a la concurrencia, sale del salón. Al pasar por el corredor un estremecimiento involuntario sacude sus nervios alocados. Es que el viejo reloj familiar con su cascada voz de timbre metálico acaba de dar la una de la madrugada.

Se acoda en la balaustrada del piso alto y hunde su mirada en el negror de la noche campesina. Nada. Ella creyó que la frescura del viento nocturnal le hubiera hecho bien, le hubiera calmado esa dolorosa exacerbación que le devora. Es para peor.

Se decide a bajar al otro piso para pasear un poco por los jardines que orlan la casa solariega. El pretexto es aparente: respirar aire más puro, pero en lo íntimo de la subconsciencia late la esperanza de asistir al advenimiento de algo exótico, de algo que ella misma no sabe qué es ni en qué consiste.

Al salir del portón, se sorprende mirando una silueta de hombre que arrimado al limonero en flor, contempla abstraído los vitrales de las ventanas iluminadas, tal que si pretendiera captar el último ritmo de la orquesta y reconstruir todas las escenas que allá dentro suceden. . . . Pero en seguida serénase reconociendo el poncho blanco de Atahualpa y por una brusca reacción que no le da tiempo a meditar en lo que hace, diríjese hacia el sitio en donde está el indio. Atahualpa está tan embobado en sus divagaciones, que ni siquiera le siente venir.

¿Qué haces aquí, Atahualpa a estas horas sin sentir el frío de la noche ni el miedo a la soledad? ¿En qué piensas de un modo tan profundo que ni siquiera has

advertido cómo he abierto el portón y me he acercado a tí? . . .

Atahualpa se sobresalta al oír estas palabras y se queda mudo y paralizado al mirar cómo, por un raro fenómeno la imagen de la niña Esmeralda que él la tenía dentro de su espíritu, ha salido afuera y está frente a él viva y palpitante. . . . Se ha olvidado de saludar y tarda mucho en tomar contacto con la realidad, dándose cuenta de las cosas tan sólo cuando Esmeralda le dice: Oye Atahualpa tengo que hablar contigo, acompáñame.

El indio presupuso que le llevaba para encargarle alguna comisión. Del minuto. Por ejemplo, que fuera a traer algún licor que sin duda escaseaba en las bodegas. Pero no, Esmeralda le lleva al piso bajo, a un gabinetito de toilet cuya llave ella sola tiene. Durante el trayecto, muchas veces pasa por las venas del macho la fiebre infinita y el impulso del asalto se queda temblando en sus brazos nervudos. . . . Repetidas veces se coge la frente, pensando: no, la niña Esmeralda es mala, haría un escándalo cuyas consecuencias serían desastrosas para el pobre cholo insolente. A pesar de todo le va embriagando poco a poco el perfume de la mujer y a ratos se le ciegan los ojos irremediablemente.

Entran en el aposento coquetón, propicio para el idilio. Esmeralda sin decirle ni una palabra se pone a bañarse de perfumes, a pincelarse de rojo los labios, a subrayarse las ojeras y hasta a componerse el sostén de los senos.

Acaso el agua de colonia y el olor de las lociones contribuyen a desquiciar por completo el cerebro de Atahualpa; es lo cierto que el indio joven y robusto no resiste más, siéntese tigre en el celo y potro rijoso, siéntese héroe de raptos y violaciones, la corona de los incas tiembla en su cabeza. . . . y se lanza sobre la mujer codiciada. . . .

Es lo que esperaba Esmeralda. Pero no con esa brusquedad de roble que cae. Los labios de fuego del indio rosan su boca en forma de corazón, tal como una corteza de fruta áspera. Se siente triturada por el brazo del macho formidable, acostumbrado a poner surcos en la tierra y a descuajar cedros en el bosque. Quiere resistir, finge resistir, pero al fin se rinde....

Y una vez más la raza de bronce se une con la raza de porcelana. La savia del eucalipto se entremezcla con la raíz del rosal.... Atahualpa con la respiración entrecortada, dice: como mis antepasados adoraban el Sol; así yo le he adorado a Ud. niña luna.... Esmeralda le interrumpe: calla. Atahualpa, con tu voz de mayordomo vas a destrozar el frágil cristal de encanto que tiene este minuto....

Vuelve a abrirse la zanja entre los dos, es que a ella el capricho le ha dejado un sabor amargo en la boca, mientras a él el primer trago de vino le ha enardecido más. Para Esmeralda es lo mismo que si se hubiera revolcado largamente sobre la pampa desnuda. Como sensación exótica pasó, pero no quedan ganas de repetirla. Esmeralda se siente como una flor estropeada por un casco.

Urge terminar de una vez por todas.... Y lo hace diciendo: Atahualpa, es preciso que olvides para siempre lo que esta noche ha pasado entre nosotros, es preciso lo consideres como lejano sueño de una noche de fiebre y nada más. Me entiendes? de lo contrario, a la menor insolencia, el resultado sería para tí desastroso.... y dejándole plantado sube las escaleras rápidamente. Atahualpa con esa docilidad de perro doméstico, aguanta el latigazo, pero se queda pensando: si ella no hubiera querido, no me hubiera buscado. Ayer tan mala y orgullosa hoy tan buena y condescendiente; al fin otra vez terca y aristocrática.... No entiendo, si hubiera sido físico, pensaría: Electricidades de nombre contrario....

Pocos momentos después, Esmeralda reaparece en el salón, magnífica y rutilante como siempre. Ligera-mente pálida y con las ojeras más cárdenas, pero eso mismo le imprime mayor sello de distinción imperial....

Raúl que desde hace minutos sufría por su ausencia y por su frialdad, siente como la sonrisa de ella cae como una flor sobre el tapiz de su alma inquieta....

Así es la vida: nunca jamás ha estado Esmeralda al sonreír más bella y más sugestionadora....

VII

DUO MATRIMONIAL CUYO EMPRESARIO ES EL AZAR.....

La iglesia de la aldea es como todas las mansiones que el Señor tiene en los campos. Un caserón vetusto y semi-derruido, localizado en el centro del pueblo y que palpita de salmodia tal un corazón multitudinario. La pátina de los siglos le ha dado un color amarillento de hoja seca y su prestigio heráldico es lo poco que tiene de arquitectura colonial. En sus naves sombrías deben divagar por las noches las sombras de los hidalgos latifundistas, de las hijas del Corregidor y de tal o cual fraile aventurero y abate galante. Cuentan las crónicas que la campana mayor fue obsequiada a la muy noble villa por su Majestad Carlos V, el mismo en cuyos dominios no se ponía el Sol....

La inscripción alusiva grabada en el bronce no ha logrado todavía borrar la acción destructiva del tiempo.

Un cura de almas, obeso y preocupado tan solo de allegar fondos para el santo ministerio del altar, es el dueño actual del templo secular. Se diría que la grasa

ha invadido hasta la red neuronal, pues da muestras de pensamiento el digno sacerdote, cuando se enfurece contra la perversión del siglo y chilla de escandalización hipócrita ante la moral de los demás. Es de oírle: si parece un poseído de iras santas, un loco de delirios apostólicos.

En el poblacho andino todo hacen con la bendición del curita. La iglesia está como si dijéramos el ave madre bajo cuyo plumaje se acurrucan las cuatro casas de la aldea, tal como si fueran polluelos ateridos. Y en verdad, es tan poco lo que se destaca en el pueblo que hasta los turistas lo primero que visitan es el templo parroquial.

Milagro de San Jacinto o de San Vicente es todo acontecimiento feliz y castigo del cielo todo acontecimiento deplorable. Dichosa la población anestesiada con la fe del carbonero y a cuya frescura de esperanza retoñará seguramente en el más allá.

Es en este ambiente en donde tienen la originalidad de casarse Raúl y Esmeralda como para prolongar la luna de miel en el campo sin solución de continuidad. La temporada de vacaciones les ha deparado: a Esmeralda un marido y a Raúl una fortuna que manejar. ¡Qué talvez el amor ha sido demasiado vertiginoso como para culminar en pocas semanas con un matrimonio? ¡Qué más da! Ambos lo quieren así. Y en realidad que los amores que mucho se prolongan casi nunca llegan al himeneo.

Don Remigio el hombre prudente y mesurado, ha encanecido en pocos días. Lo que no ha nevado el invierno de los años ha emblanquecido la ceniza del sufrimiento.

No comparte, no puede compartir con su hija Esmeralda, las ilusiones rosadas acerca del futuro regeneramiento de Raúl. No se atreve a pensar en lo hirsuto de la realidad: un matrimonio por interés económico; pero sí vislumbra que su dinero será mañana mal

gastado por el intruso y que la felicidad de Esmeralda ha sido estropeada para siempre. Sin embargo, no ha podido negar su consentimiento para el matrimonio, primero: por no sentirse capaz de desbaratar el máximo ensueño de su hija y segundo, por la forma en que le fue propuesto.

Recuerda claramente la entrevista sostenida con Esmeralda hace pocas noches, cuando al encerrarse él en la negativa rotunda y sin explicaciones, cansado ya de razonar inútilmente y de exponer sin éxito, argumento tras argumento, ella le contestó: bueno, papá, entonces tendré el dolor de realizar el acto más trascendental de mi vida sin vuestra bendición. Y me habrás obligado a la ridícula farsa de dejarme raptar. Luego, la madre, al fin mujer sugestionada por el afecto a la hija mimada y talvez influenciada por los sicaramelamientos del payaso de Raúl, tomó parte en la campaña terciando decididamente a favor de los novios. Puede ser también que la señora Consolación haya creído que así como Remigio se dejaba manejar por ella, todos los hombres debían dejarse manejar dócilmente por sus respectivas mujeres.

Es lo cierto que nada se ha conseguido ni siquiera el aplazamiento de la boda, medida cómplice adoptada en último extremo. Se contaba conque el fuego pasional del minuto sería apagado poco a poco por el paso de los días y la contemplación de las realidades. Mas, nada de esto ha sido posible y don Remigio, aunque sonrío por de fuera sangra horriblemente por dentro. Al revés de lo que sucede a su esposa, quien está encendida de alegría tal como si fuera ella la que se va a desposar.

Lo que es la señora Eulalia, madre de Raúl, siempre ha vivido aconsejándole a éste que se case, para ver de remansar el torbellino de una vida demasiado agitada. Y ahora casi se resiste a creer en la bella realidad de un partido tan joyesco, hasta por el nombre de élla, para su hijo tan calavera y tan desquiciado.

En el peor de los casos, élla sabrá adoptar ternuras de madre para con Esmeralda. Ya se imagina el refloreecer de su hogar entristecido y prematuramente desierto: ya acaricia las melenitas rubias de sus nietecitos y oye los chillidos de los bebés que juegan, pues seguramente la nueva pareja anidará en su casa.

Esmeralda, aureolada por el sol de la felicidad, es más emperatriz que nunca. Borbón, Valois, Ausburgo, Ana de Austria, María Antonieta, Catalina de Médicis. ¡Quién sabe! Pero lo que ayer se llamó Versalles, bien puede llamarse hoy día "El Paraíso". Y a las heroínas de cien páginas de historia bien puede paralelarse la belleza florecida sobre los Andes, como flor de invernadero. El iris de las grandes emociones fulgen en las pupilas de élla y un ligero temblor, como si fuera brisa, agita las azucenas de sus manos cinco petaladas.

Raúl dopta la pose de una seriedad enigmática. Seriedad que hace pedante con el smoking y con la voz de jefe del Registro Civil. Pero, seriedad que bien puede ser la de un náufrago que se ase a una tabla de salvación, la de un hombre de negocios que está frente a una gran operación de bolsa o también la de un arrepentido que liquida con su pasado definitivamente y amanece otra vez a la vida: ¿Quién podrá adivinar de qué mismo se trata?... Nadie.... Ni don Remigio.... Unicamente el futuro, esa pupila satánica que espera agazapada hacia atrás....

Uno a uno, llegan los invitados. El salón de la casa de campo se llena como por encanto. Familiares, amigos, odiadores gratuitos y silenciosos, ex-novios de la una, ex-novias del otro, todos se entremezclan en lo ficticio de una ceremonia social. La mayor parte ha venido con el exclusivo objeto de tener mañana que comentar, es decir, de buscar postura para la humana maledicencia.

De pronto, entra el Jefe Político precidido por su nariz aguilena. Es el remachador de las cadenas lega-

les de la esclavitud matrimonial. La única diferencia en sus funciones es que sirve a domicilio a los gamonales y espera a los proletarios vayan a buscarle en la oficina. Hombre que se siente cabeza de la aldea, ahueca la voz para leer el acta de contrato matrimonial que su secretario ha redactado sobre el molde común. Os declaro legalmente casados; y un escalofrío recorre el cuerpo estatuario de Esmeralda mientras Raúl sonríe triunfalmente con una actitud de conquistador abitué.

La clásica copa de champaña burbujea como sol licuado en las gargantas de los asistentes, tal un símbolo áureo de la fugacidad de la dicha y a la vez de la divina embriaguez del placer. Es el licor de rubies hermanas de la melena de Esmeralda y acaso también hermanas del ocaso de la pasión.

Ya no les queda sino la romería a la iglesia parroquial, aquella de la vejez de piedra y a la vez joven de los bronces argentinos. Hubieran podido traerle al curita obeso, pero no quieren perder, lo pintoresco del desfile hacia el pueblo y de las palabras solemnes pronunciadas en el corazón del templo y frente a los altares majestuosos. No hay que quitar carácter a la escenografía del trato matrimonial.

A los padrinos por parte del novio y a los padrinos por parte de la novia, vale la pena de conocerlos. Toda esta troupe de etiqueta ha llegado de la ciudad en convoy de carros expresos. Raúl hurgando entre sus amistades de relieve se ha conseguido a un viejo militar retirado, comandante de la época de los fusiles de la chispa, dueño de unos largos bigotes entorchados y agresivos. Antiguo comodín para empleos de Policía y formidable frecuentador de garitos y tabernas. Es el padrino, pero como se trata de un solterón, mamá Eulalia tuvo que reclutar a la madrina. Como en la intención humorística de formar un contraste delicioso, ella es una señora, mejor dicho: señorita envejecida perteneciente a la falanje del beaterio provinciano, siempre

vestida de negro, armada con unos anteojos que ya no están de moda, y con mucha frecuencia, Presidenta de Asociaciones de Caridad y de Centros Recolectores de Limosnas para templos. De seguro que antes de aceptar el madrinazgo ha de haber consultado largamente con su confesor, temerosa de caer en pecado y de perder la gracia de Dios.

Los padrinos por parte de Esmeralda son: un conocido intelectual y poeta, autor de varios libros, galardonado en no se cuántos concursos, escritor de necrología de ocasión y de epitalamios forzados; pero desgraciadamente no joven; ha sido compañero de estudios de don Remigio y entre ellos se tutean y se llevan con gran confianza de hermanos. ¿Quién podría ser la madrina? sino la mujer del poeta... una mujercita esmirriada que parece vivir alimentándose tan sólo con los versos del marido y que tiene la inaguantable pretensión de ser también una intelectual. Con su voz chillona y aflautada y con su frecuente: "como dice el autor fulano de tal..." Es el tipo de la mujer bachillera, buena para los libros, pero no para la vida.

Ya vibran las sirenas de los automóviles, desgarrando el silencio amarillo del otoño sobre la carretera que conduce a la hacienda de los La Torre y La Rosa. Desde la casona campestre, empiezan a desglozarse por parejas los concurrentes con rumbo a los carros que aguardan con la proa vuelta hacia el pueblo y el motor encendido. No falta ni siquiera la consabida pareja de don Remigio y doña Eulalia, especie de don Pancho y doña Ramona de los gráficos vulgares. Y conste que la señora Consolación no tiene el menor celo ante ese acoplamiento, no sabe si por el concepto que tiene de su marido o por el concepto que tiene de la poca sugestibilidad de su amiga.

Esmeralda con el traje de novia preparado en largos días y en largas veladas, es un ampo de blancuras eucarísticas que cualquier profano quisiera comulgarlas;

es un plenilunio de maravilla y dulzura, es una partitura viviente de música orquestal y magnífica; es un milagro de belleza con velo de recién desposada y con una corona de azahares que vale más que cualquier diadema imperial. Los campesinos que aciertan a contemplarla sobre la fugaz exalación del carro sienten un irresistible deseo de arrodillarse, como si les hubiera sido dada la dicha suprema de contemplar en la tierra a la imagen celestial de la virgen María.

Las naves de la iglesia son estrechas para contener a la multitud atónita, al pueblo entero que no sabe si admirar más, sacrílegamente desde luego, a las estatuas místicas de los altares o a la venus humana que se llama la novia.

La emoción se carga de una electricidad como para formar corto-circuito, momento a momento, el ritmo de las ceremonias eclesiásticas rituales.... Esmeralda de La Torre y de La Rosa.... ¿Desea tener por esposo a Raúl Solórzano y Seminario? pregunta el pastor de almas, con su obesidad cubierta de vistosos ornamentos.... Totalmente aletean los labios escarlatas de la novia y no se oye nada.... El sacerdote comprensivo vuelve a preguntar y entonces como de una flor emergiera el perfume, se oye musitar un "sí" cadencioso y extenuado. Un grandioso vuelo de aplausos revolotea por la atmósfera hasta entonces silenciosa, pues la juventud del pueblo se ha olvidado de que está en una iglesia y piensa que se encuentra en la luneta de un teatro de primera. En verdad la escena puede llamarse: "Un Dúo Matrimonial" y el empresario es ese viejo socarrón que se llama el Azar.

Todos tienen una sonrisa de complacencia en los labios. Sonrisa sincera o fingida, es lo de menos. El único que ha asistido a la ceremonia como quien asistiera a funerales, entristecido y meditabundo, es don Remigio, al fin padre y lo que es más: padre inteli-

gente, cuya mirada pasa los linderos del presente y se humedece al hundirse en la negrura del futuro.

En tanto, en la casona de "El Paraíso" hay un loco de atar. Es Atahualpa, el indio desesperado, único en la hacienda, pues hasta la servidumbre ha ido hacia el templo atraída por el doble acicate del afecto y de la curiosidad. Una serpiente extraña se enrosca en su cuerpo y con anillos de fuego aprieta sin fin, hasta triturar sus pobres vísceras doloridas. No puede más y aullando de dolor se da de cabeza contra la puerta del gabinete en donde una noche todo luna ella se deja amar por el esclavo humilde. Una idea exótica cruza por su cerebro afebrado: rompe a puñetazos la madera aisladora y se pone a reconstruir la escena inolvidable que amargarán aún más su vida sin brújula ni control.

Besa febrilmente, uno tras otro, todos los objetos del camarín en donde palpita el perfume de la niña Esmeralda. Rompe un espejo que tiene la indiscreción de revelarle su faz descompuesta.... Y sale de nuevo al campo a seguir lanzando bramidos de desesperación y a perderse en el seno de la noche infinita, única madre cuyo manto tiene suavidades para enjugar las lágrimas de los indios desesperados.

VIII

BRUMA EN LA CORDILLERA

Al día siguiente, un escándalo comadril de la servidumbre pone una nota vulgar de cuadro de costumbres en la página áurea del campo con sol y cosechas. Es el alboroto de comentarios que se agita en ritmo de

colmenar excitado al rededor del intento de robo por milagro frustrado.

La vieja "mama Petrona", decano del gremio de domésticas, como si diríamos: abuela de todas "las criadas", a pesar de no haber tenido un solo hijo, ni siquiera en intención; dice, persignándose con una serriedad verdaderamente cómica: El Angel de la Guarda ha de haber espantado, con su espada de fuego, a los bandidos que anoche han pretendido robar en esta casa en donde nunca han pasado cosas de esta clase, aprovechando de la circunstancia de que todos nos hallábamos ausentes, en el matrimonio de nuestra "amita que Dios le bendiga con todas las gracias del Santo Sacramento".

La Rosa, muchacha quinceañera, pero con una mirada que hurga en la médula de la realidad y que se hunde más allá de los horizontes; comenta: Señá Petrona, si es cosa de milagro que ha sucedido: los ladrones tenían tiempo suficiente hasta para cargarse con las paredes de la casa de hacienda. . . . y sin embargo sólo se han limitado a romper la puerta del tocador ocasional de la niña Esmeralda, a destrozarse un espejo de cuerpo entero y a llevarse una caja de polvo Coty y un frasco de loción colonia, ambos a medio consumirse. Es raro. . . . ¿Quién sabe si pretendieron robar?

La Dolores agrega: talvez empezaron la obra demasiado tarde y el ruido de los carros en regreso les sobresaltó de tal manera que en el apuro de la fuga rompieron el cristal de roca y no tuvieron ni siquiera la idea de cerrar la puerta y disimular la primera apariencia del destrozo. . . .

En ese momento ha de haber sido cuando yo, encomendando a San Vicente, el milagroso San Vicentito de Ferrer, la felicidad del nuevo hogar y la inalterabilidad de la dicha de la casa paterna. Yo estoy convencida de que se trata de un nuevo prodigio de San Vicente, subraya "mama Petrona", volteando devotamente los ojos y cruzando las manos sarmentosas sobre

el vientre combado y estéril y encima del delantal lleno de grasa y tiznado con negror de ollas.

El Mayordomo Montezuma, hombre serio y ajeno a cualquiera claudicación, asegura que no existen huellas de pisadas extrañas ni indicio alguno que oriente acerca de los autores del atentado. Ha indagado personalmente y con un interés de Jefe de Investigaciones entre todos los peones y trabajadores del fundo.... y nada, absolutamente nada, se ha logrado esclarecer.

Refieren que la niña Esmeralda, al visitar el cuarto víctima, y posar su mirada ensoñatriz sobre los muebles contaminados por el contacto de manos extrañas y que tantos secretos de ella guardan, tal que si fueran cofres de joyas clandestinas; hácese encogido de hombros en un gesto estatuario de olímpico desdén y entre dientes ha exclamado: es un asunto valadí... no tiene importancia.... Es el último acto de una comedia absurda...." ¿Qué quiso decir con esto la reina recién desposada? Acaso los oídos indiscretos le entendieron mal.... Acaso, en la filmación apresurada de las últimas emociones, ella se refería a otras cosas, a otras escenas, cuyo protagonista era Raúl... y no precisamente el saqueo frustrado.... De otra manera, nadie puede colegir el empalmamiento de relación entre las enigmáticas frases de Esmeralda y la realidad de los hechos glosados....

Atahualpa, atado al trabajo de la molienda que los patrones han iniciado, tal un buey motorizador del trapiche, es el único que se hace ilusiones sobre la proyección de sus románticas-locuras. Mientras aguza a las yuntas que en movimiento circular mueven las grandes palancas de la máquina triturada de la caña, piensa, con el cerebro ardido por el sol de la una de la tarde: Lo que es un enigma para todos, para la niña Esmeralda será una puñalada en el seno blanco y turgente. El recuerdo, como un can famélico, ha de ladrarle desde los rincones del cuarto con las puertas destrozadas.... y en cuanto ella entre allí ha de lanzarse a morderle

en los muslos, en las caderas, en los brazos, en las mejillas arreboladas, hasta en la boquita sangrante y ya mordida por otro, por el único que tiene derecho para ello, por el marido legal. . . .

El indio no sabe, no está al cabo de comprender los mil vericuetos de psicologías femeninas, los culebreamientos que parecen aptitudes de crueldad suprema y que en el fondo no son sino productos lógicos de una casualidad temperamental, cristalizaciones forzosas de lo que debe ser, porque la ley de lo fatal lo quiere así. . . . Qué diría el pierrot de la pampa, el quijote con poncho, qué horrible tormenta sintiera descargarse sobre los últimos tallos de su alma arrasada como una sementera después del huracán y de la tempestad; si llegara a saber cómo así la diosa adorada, la mujer en vano y sin motivo pretendida, tuvo la displicencia de una sonrisa despectiva mil veces peor, mil veces más hiriente que el rictus de la cólera, ante la contemplación de los estragos causados por una pasión desgraciada. . . . Un encogimiento de hombros, un relieve de queme importismo supremo: tal la única respuesta al espíritu que exhibe los escombros de un dolor en algo como un terremoto moral sin precedentes.

Un cañaduzal que finge ser oro de sol aprisionado en tubos de fibras vegetales y envuelto en hojas de lampos igualmente áureos. Un bloque de madera y hierros ávidos al exprimir la sangre dulcísima de la caña. Brazos humanos que cortan el sembrío en zafra y caballos de fuerza vivos, mejor dicho: bueyes de fuerza que dinamizan el trapiche, bajo la dirección de los trabajadores del agro. Tal la estampa de lo que en los semitrópicos de la sierra se llama "Molienda".

Es el primer cuadro. La escena número dos tiene el siguiente poco sugestivo decorado: un galpón en donde se enfilan muchas docenas de toneles, clasificados por el tiempo de la colocación del jugo de la caña, para que en ellos fermente el guarapo. . . . Y un intenso per-

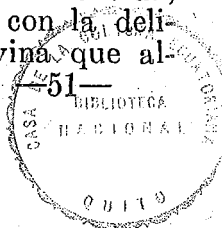
fume de alcoholización por grados que en varada cálida envuelve los rostros de quienes penetran en el fermentadero, tal como si fuera el alma de la caña que va evaporándose lentamente....

Por fin, en una colocación adecuada, se levanta el alambique de continuación, por cuya boca entra el guarapo a cero grado de jarabe y por cuyo órgano excretorio sale el chorro cristalino del aguardiente, por última expresión de la sangre de la caña. La hornilla ritual con las lenguas de sus llamaradas en Pentecostés acaricia el cobre del aparato cuyo seno elabora el tóxico que enverará a una raza entera.

La sangre de la caña, sol vuelto torrente de savia, recorre toda una gama de matices sugestivos: desde el verde pálido y turbio del guarapo que chorrea del trapiche hasta el amarillo de ópalo, de sol o de quilataje oro puro que entra a la destilación; desde los diversos cambiantes de las metamorfosis fermentatorias, áureo-iris entre el verde y el amarillo, hasta la cascada de diamantes que se corona con perlería de burbujas en el advenimiento del alcohol....

Atahualpa Montezuma, raro enlace nominal de dos príncipes indios, es el encargado de la dirección del trapiche. Su padre el mayordomo en persona, es el encargado de la sección alambique. Y dos guardas del Estanco de Alcoholes de la República, controlan de visu el ceremonial íntegro, elevado a la categoría de rito oficial y rigorista por un Gobierno de Indo-Latino.

El viejo Montezuma, más que de controlar el alambique, preocupase de controlar a su hijo. Siente que algo extraño pasa por el alma del ser querido: le ha visto desmejorarse y empalidecer en el decurso de pocas semanas; ha observado que su modo de actuar es el de un autómatas, como si la herida palpitante de una obsesión profunda le mantuviera siempre fuera de la vida, lejos, muy lejos, de la realidad! Algo más: con la delicada intuición de un corazón paternal, adivina que al-



guna catástrofe espantosa se aproxima fatalmente, irremediablemente, sobre la juventud de súbito marchita de su infeliz Atahualpa. No podría precisar qué clase de catástrofe sea, pero lo prevé con claridad como un imperativo categórico, como un inminente latigazo de lo inevitable. Lo que no es un misterio para nadie: el loco amor de Atahualpa a la niña Esmeralda, lo es para el padre enceguecido, pues nadie ha osado descubrir el velo que le oculta la tragedia, por el respeto al dolor más sagrado entre todos los dolores.

Todos estos días Atahualpa se embriaga sin que se observe cómo junto a la destilación el rató menos pensado se le mira tambalear, tejer frases inconexas, delirar en voz alta y abandonar el trabajo con la inconsciencia de un animal fatigado. A veces se estremece su padre soñando en que el hijo de sus entrañas, cansado de correr por quién sabe qué caminos, ha caído de bruces sobre el duro pavimento de la locura. Sería la carcajada final epilógando toda una novela inédita.

Atahualpa ha llegado al meridiano de la angustia. Ya no podría sufrir más, por imposibilidad física, así lo quisiera. No en vano se acumula, gota a gota, la fuerza dolor: al fin tiene que estallar en alguna explosión. Es el crimen, es la locura, es la muerte para siempre algo con el carácter de definitivo y solucionador.

El alma del indio en tragedia tiene los mismos pasionales que una cordillera. Y así como el viento huracanado de los Andes, arranca alaridos monstruosos al pajonal sombrío, así el paso de las horas o el arremolinamiento de cualquier detalle arranca quejidos a las fibras estremecidas del corazón de Atahualpa.

¿Habéis visto alguna vez la desolación infinita que arrastra sobre el lomo de la cordillera, desgarrándose como un vellón en los picos andinos, cuando la bruma cubre como un manto de tristeza la desnudez escalofrías del pajonal abandonado? Bruma en el páramo aterido; angustia en el alma del pobre indio que se atrevió a amar

imposibles y acaricia ensueños demasiado altos. El alma del indio, como la bruma, no debe elevarse sino a muy pocos metros sobre el nivel de la cordillera.

Atahualpa trabaja para los amos por defuera; pero por dentro se siente trabajado, minado, excavado por la tragedia sin límites. Algo como un galope de fantasmagórica pesadilla, un tropel de innúmeras desesperaciones, una cabalgata que como la de Atila donde hunde sus cascos no nace la hierba; pasa con estertores de ciclón, por el pajonal helado y brumoso de su espíritu enfermo.

Mil veces ha pretendido arrancarse el áspid que le roe; arrojar lejos de sí la daga introducida en su carne temblorosa; pero, por más esfuerzos que ha desarrollado, lo único que ha conseguido es remover la herida, hacer que se incruste más la pasión-parásita, agudizar el desgarrón y exacerbar la molestia ya de suyo intolerable. La dulce silueta de la cholita que le quiere y que sería capaz de sacrificarse por él, al dibujarse en lontananza, como un remedio, como una consolación, como una misericordia, no ha logrado sino agrandar su morboso amor por la otra, su delirio por la que no es ni puede ser para él.

Talvez hubiérase resignado a vivir sumido en una neurosis eterna, perdiendo a la élla suprema por lejana e inasequible. . . . Talvez. . . . Pero, la escena de hace pocas noches, la escena del cuarto tocador y sobre todo la contemplación diaria del idilio con Raúl, del idilio de la luna de miel, hanse confluenciado en un ángulo determinante de la verdadera desesperación. Le es verdaderamente imposible tolerar el espectáculo de la dicha que él debió gozar captada ahora por un audaz aseñoritado y sin mérito para ello. Cuánto se arrepiente de no haber dejado que las olas se traguen el cadáver de Raúl en la pesca memorable! Bastaba con cruzarse de brazos y dejar obrar a la naturaleza. Como es ver-

dad que siempre se arrepiente uno de haber sido quijote!....

Siguen los bueyes trazando el semicírculo del trapiche y Athualpa sigue pensando en monólogo mudo y exacerbado. ¿Qué hacer ahora?.... Se dejaría triturar por la máquina trituradora de la caña, dando la apariencia de un accidente del trabajo.... ya se decide pero tiene que contener un movimiento impulsivo al ritmo de sus propias ideas.... ¿Para qué?.... a lo mejor, no muere; queda horriblemente mutilado y nada más. Y si muere, será una forma muy áspera, muy vulgar, muy dolorosa.... Además, nadie aquilatará la trágica belleza de su gesto, se habrá inmolado inútilmente.... Puede que mañana la vida le reserve alguna agradable sorpresa entre sus curvas infinitas.... Y el instinto de conservación, la cobardía innata ante el doble misterio de la vida y la muerte, la impotencia para el suicidio, le sigue diciendo al oído un sinnúmero de razones que en definitiva le hacen desirtir de aquel recurso tan gente para fugarse del dolor....

Entonces.... ¡El crimen! Y una mancha roja, color de sangre, le ciega las pupilas.... No.... El no nació para el crimen.... En último caso, podría intentar contra sí mismo, pero no contra los demás. Tiene entrañas de paloma y cuando se es así jamás puede brotar la garra asesina. El que no es hijo de tigres jamás puede lanzar el zarpazo. Tender una celada, torcer el cuello de Raúl, sería para él tan fácil como tronchar una rama seca o despedazar entre sus manos a una alimaña cualquiera.... Y sin embargo, le es más difícil que abrir una carretera o desgajar un cerro andino.... Y el crimen a nada conduce, jamás con sangre puede conquistar el amor imposible.... Sólo conseguiría clavarse la espina de un remordimiento para toda la vida....

¿No sería mejor fugar?.... En verdad, sólo así pudiera evadirse al dolor de contemplarla en brazos de

otro. Pero, también aquí hay un pero, un hombre fuerte y robusto como él, se siente tímido como un niño e impotente para romper los invisibles lazos de un cariño loco. . . . Por más que las manos de ella le latigueen, Atahualpa es el perro de siempre. . . . y no abandonará por su grado la casa del ama cruel y adorada.

De súbito el relámpago de una idea salvadora atraviesa por su mente afiebrada. . . . Abandonará la hacienda que ha sido su segunda madre, abandonará aun más: la misma tierra nativa. . . . hasta el concierto social. . . . Pero, lo hará, obligado por los demás, en consecuencia con los hechos de él. . . . entonces, también tendrá oportunidad de ver qué clase de emociones para con él anidan en el corazón de la "niña Esmeralda". . . . ¿Cómo? El futuro lo dirá. . . . Y una sonrisa de íntima satisfacción divaga por los labios de bronce del indio descendiente de los hijos del Sol, como si ya se encontrara de actor de las escenas que a solas, bajo el sol de la una de la tarde y junto al trapiche, acaba de planear.

El padre, el viejo mayordomo, que desde lejos le ve sonreír, siente también un cosquilleo de placer infinito en sus venas, como si empezara a asistir a la convalecencia del hijo querido. . . . Le ha visto sonreír. . . . El no sabe por qué. . . . Pero, eso le basta. . . . Ha visto un rayo de sol sobre una tumba. . . .

OCHO AÑOS DE RECLUSION MENOR, POR ABIGEATO

IX

Caballeros en jamelgos que a la legua delatan haber sido reclutados de entre las acémilas de los indios, traen con carga al mercado parroquial de la aldea andina; ocultando más mal que bien los fusiles enmohe-

cidos de la totación para el tiempo en que se fundó la policía; con los rostros congestionados y ligeramente rojos en parte por el sol de setiembre que cae a plomo sobre los campos afebrados y en parte por la acción del alcohol priviamente ingerido en diferentes dosis tónicas a lo largo del camino; planeando a media voz las pericias de la próxima captura; pasan los diez pólícemen y los cinco agentes de investigaciones, precididos por el Teniente Sub-inspector del ramo, por la hacienda "El Paraíso", en comisión destacada para la aprehensión de un delincuente sindicado de abigeato en regular escala.

Probablemente los agentes del orden público y la máquina burocrática del poder judicial represivo no se hubiera movido con tanto dinamismo ni siquiera hubieran dado señales de vida, aun cuando hubiera existido auto de detención de por medio; caso de no aparecer dos circunstancias increíblemente acicateadoras, las siguientes: no se trata de captuar a un gamonal ni de sancionar a un criminal con dinero y pergaminos, sino de acorrallar a un pobre bestia de campo, de echar lazo y emparedar en el calabozo ritual a un infeliz indígena trabajador de la gleba.... y los interesados en solicitar ese auxilio de la fuerza armada son caballeros de grandes campanillas, poseedores de apellidos rotundos, latifundistas y dueños de una verdadera fortuna: nada menos, ni nada más tampoco (añadiremos nosotros) que la familia altisonante de La Torre y de La Rosa, propietarios y actuales veraneantes de "El Paraíso", familia que si no ha construido un marquesado es porque ahora no está de moda construirlo....

Al Teniente Balseca, jefe de la comisión, le han ponderado las dificultades de la captura; de modo que lleva en su magín, un tanto estrecho, para decir la verdad, todo un plan estratégico por desarrollar, tal que si dijérase el Comandante de una campaña formal.

Ese tal Atahualpa Montezuma podía dar que hacer a otros. Pero a un veterano como él, antiguo voluntario de las filas del General Alfaro, no, mil veces no. . . . ya lo verán. . . . ¡no faltara más!, sino que un indio desgraciado y atrevido es el llamado a arrojar el primer manchón sobre su carrera de viejo soldado y de modelo de cumplidores del deber. . . . por más fuerte y audaz que el mitayo sea, por más civilizado, que en sus viajes a Guayaquil se haya hecho, no logrará burlarse del Teniente Balseca. Lo jura por el honor de su madre (ignoramos hasta qué punto sea válido este juramento) no logrará burlarse del valientísimo Teniente, ni de su nariz colorada, ni de sus grandes botas de montar, ni de su mirada bizca, ni de su voz ahuecada, ni de ninguno de los rasgos típicos que tanto le fisonomizan. . . .

Un momento se detiene la cabalgata en la casa de la hacienda. Conferencia el director de las operaciones policiales con don Remigio de La Torre, haciendo grandes honores a su calva de pensador. Por poco, el pomposo Teniente Balseca ante él. Se ve, se admira y se aquilata el esfuerzo que despliega para no caer de hinojos, es un hombre valiente, un espíritu fuerte. . . .

Hablan en voz baja. . . . Al final, sólo se oye el timbre solemne y un tanto afectado, acaso costumbre adquirida en el largo desempeño de la cátedra, del señor de La Torre que dice: Bueno, Teniente Balseca, le espero para almorzar, creo que para dentro de dos horas ya estará de regreso y que habrá algo que festejar con un buen draque criollo. . . .

Y la caravana de guardianes de la seguridad colectiva enfila hacia el cerro que queda frente a la casa de "El Paraíso". Es el nido del águila o mejor dicho del buitre. . . . y allá va a sorprenderle, en el chozón silencioso, la troupe de cazadores armados. La consigna dice: Se le capturará vivo o muerto.

Al contemplarlos desde abajo, es tan pintoresca y poco majestuosa la apariencia de los romeros legales, re-

presentantes de una Institución digna del más profundo respeto, que con más lógica creeríase en una movilización de gitanos o en una horda campesina de semi-ebrios que van hacia la fiesta popular de la virgen del cerro.

La última maniobra que se divisa es el desperdicio de la comisión: se desbandan en un despliegue circular, como que para todos los lados escalarán el peñasco objetivo de sus estrategias. Es el clásico movimiento envolvente que sorprenderá al criminal, evitará su fuga y hará repeler cualquier ataque imprevisto. Balseca se multiplica dictando órdenes acaloradamente, fraccióntase la escolta en cuatro grupos y él, al mando de tres agentes, toma por el camino principal.

En tanto, en "El Paraíso", se desgrana la charla sobre el tópicó del minuto:

¡Quién hubiera creído, dice doña Consolación. Nosotros que tanto le hemos protegido a estos Montezuma; que les hemos hecho partícipes de nuestras utilidades; que hemos delegado en ellos todo nuestro carácter y atribuciones de dueños de la hacienda... Para que ahora el ingrato y traidor de Atahualpa, sin respetar nuestra presencia aquí, se lleve quince cabezas del mejor ganado y nos perjudique en algo más de dos mil sures. Bien dicen que los indios son malos por naturaleza, que muerden la misma mano que les da el pan y que, cuando no cometen un crimen, por lo menos se recrean en el delito.

El año pasado supimos también de un robo de cuarenta reses... y el caso permaneció en el misterio. De seguro los autores fueron los mismos, como que, se han atrevido a repetir ahora la hazaña. Y cuántos otros perjuicios de la índole nos habrán pasado desapercibidos. Es preciso sancionar con mano de hierro a los culpables, hasta por escarmiento para que el bandalaje no cunda en los campos. Los patrones sacrifican por ellos y estos canallas sólo se preocupan de hacer la ruina de los amos. Palabras tan enérgicas, tan curialescas,

tan empapadas en rencor de aristocracia y de odiosidad del latifundista, las pronuncian los labios florales y perfumados de Esmeralda, hechos para el dulce aroma del beso y nada más.... ¿Es raro verdad?.... Quizá no muy raro, pues motivos tendrá ella para hacer lo de las princesas antiguas: arrancar la vida o cuando menos la lengua al paje predilecto.

Lo único que me apena de verdad, subraya Don Remigio, con inflecciones de pseudo-sentimentalidad, es el haber tenido que despedir al viejo mayordomó, al padre del delincuente, pues no podría permanecer en una situación de tácita solidaridad con lo que nosotros y la justicia vamos a hacer con su hijo, el bandido de Atahualpa. A propósito, al comienzo vino a contarme novelas, pintándome un estado de semi-desquiciamiento moral de su hijo, rubrayándome la circunstancia de que es la primera vez que comete un hecho de esta clase, pidiéndome una tregua para el esclarecimiento de los por qué del delito, aun comprometiéndose a pagar daños y perjuicios, todo con la intención de que le perdone a Atahualpa y no le delate a la Justicia que no tiene conmisericordias ni acepta sentimentalismos de excusa.... Pero, yo no me dejé ablandar con palabras y actitudes fingidas, supe portarme a la altura de mi deber y le rechasé de plano. ¿Qué hubiera sido de lo contrario? Hasta el último peón hubiera dicho para su coletito: el patrón sabe no más perdonar y hubiérase dedicado a sacarme inmisericordemente.

Raúl que ha fingido—todo en él es farsa, porque tiene alma de actor—escuchar indiferentemente la conversación, terciar en ella diciendo y ese Atahualpa que parecía un buey inofensivo, con su grande mirada húmeda, con su aspecto bobalicón y esa pasividad formidable para el trabajo a toda máquina.... ha pertenecido a la especie numerosa de los hombres serpientes.... vaya usted a confiar en los solapados! y no tiene el más leve recuerdo para los gestos caballerescos del indio.

No es raro en él, pues nadie recuerda cómo así al bandido de Atahualpa le deben la vida Esmeralda y Raúl, Raúl y Esmeralda....

Y acaso todas las monstruosidades de este indio miserable quedaban sepultadas bajo el velo de lo ignoto, a no ser porque el cholo Juan, el pillo enamorado de Adelaida—Esmeralda acentúa extrañamente estos dos nombres—vino a denunciarme, como testigo presencial, la escena incalificable del último robo del ganado, la audacia en cometer de día el atentado y aún el cinismo de exhibirse las cabezas despostadas en la choza misma de Atahualpa....

Doña Consolación expresaba de que el pícaro de Atahualpa haya evadido el lazo de la justicia, a pesar de haber sido previamente localizado por compañeros de él mismo que le venden con el beso de Judas.... indudablemente algún correo de los suyos le llevó la noticia de que la escolta estaba ya en "El Paraíso" y cuando la comisión irrupcionó en la choza en donde vive, ya él se internaba montañas adentro.... pero, a pesar de todas las previsiones de la dueña de la hacienda, los hechos se han desarrollado en otra forma. En efecto a los pocos minutos, el tropel policial hace alto frente a la casa del fundo.... El Teniente Balseca, frotándose las manos exclamó: Aquí lo tenemos a este pájaro de cuenta. Cuidado que la empresa casi nos cuesta la vida, pues si nos tardábamos unos minutos más, éramos víctimas de la agresión de una enorme indiada que afluya ya al lugar de los sucesos (el Teniente sin duda se refiere a los curiosos, como don Quijote a las aspas de los molinos de viento), pero llegamos a tiempo de cogerle sorpresa por sorpresa y ya le tenemos a buen recaudo.... me parece que han extremado las precauciones en contra de este canalla—comenta don Remigio fijándose en las ataduras de pies y manos, en la ligazón a la acémila y hasta en las mordazas que cierran la boca del indio triste y revelde.... y nadie, con un resto de compasión

que es sarcasmo sangriento: por lo menos, quítenle esa mordaza, que la boca es el arma más inofensiva que tienen estos pobres hombres.

Atahualpa, al sentirse desembarazado del obstáculo que le atajaba la voz, declara: Quiero que conste ante todos, ante Dios y ante los hombres, que realmente yo he cometido el delito de abigeato y que me he de ir a purgarlo con ocho años de reclusión menor en el Penal "García Moreno"; pero que el móvil de este hecho no ha sido el robo sino el afán de que una mano extraña, superior a mis fuerzas, me aleje de esta hacienda que no he podido abandonar y en donde mi corazón de indio se ha desgarrado en todas las espinas de las cercas. A nadie interesa conocer detalles de mi tragedia; acaso muchos me creerán loco, digno de ir al frenocomio antes que al penal. Nada de eso me importa; lo único que me interesa de verdad es—y al decir esto yergue la cabeza de un modo que fuera olímpico en otra situación, pero que resulta cómico al hallarse atado con sogas a una acémila y custodiado por un Teniente Balseca—que sobre la inmaculada reputación de mi vida no caiga al fango de un robo. Aquello es demasiado repugnante para un hombre acostumbrado a salvar la vida de sus semejantes y hasta la de sus enemigos.... ¿Para qué hubiera robado?.... He dado muerte a todos los quince animales arrebatados y ¿qué podía hacer con tanta carne sino entregársela a los buitres y a las aves de rapiña?....

En otros términos, aun que nadie me entienda, diré que he vertido la sangre de los animales inferiores, por no verter la sangre del animal hombre más salvaje, más cruel, más nocivo y más asesino de sus propios hermanos, que todas las bestias de la creación....

Bueno, hombre, le interrumpe don Remigio, todos esos argumentos trasnochados e inconexos resérvalos para que presentes a tus jueces, a ver si un brote de romanticismo desquiciado puede tener el rumbo

de la justicia y la inflexibilidad de la ley. Nosotros no tenemos tiempo de escucharte ni espíritu para comprenderte, ni menos facultades para darte la absolución....

Señor.... ¿le volveré a poner la mordaza? pregunta solícito, con esa oficiosidad de perro, el Teniente Balseca.

—No, jefe, no hay necesidad, contesta Atahualpa. Estese usted seguro de que el indio bandido permanecerá mudo como un cementerio y rígido como una piedra, tantas veces cuantas usted pinte el formidable combate sostenido para cazar a la fiera humana, los enormes esfuerzos tácticos y policiales desplegados para capturar a un infeliz que como yo no hizo la menor tentativa ni para fugar ni para resistirse—Ojalá todas estas mentirillas tan poco imaginativas le sirvan para un merecido ascenso en su carrera profesional, son los deseos sinceros del preso Atahualpa.

Ninguno de los concurrentes puede reprimir una carcajada ante esta extravagante salida de Atahualpa. El mismo Raúl, odiador como el que más del indio canalla, no puede por menos que dibujar una sonrisa en sus labios afeminados y clavar una mirada irónica en el aspecto atontado del Teniente, flor innata de valentía....

Entonces, adviene la escena trágicamente grotesca, supremamente culminante, ruda como un desgarrón, sangrante como un foetazo en media cara, incomprendible para muchos, pero plenamente desnuda, con desnudez de carne viva para el indio y para la princesa....

Atahualpa ha visto a Esmeralda, cuya contemplación rehúsa por el temor a desquisearse y por la delicadeza de no herirla ni con un pétalo de alusión lejana.... El indio inmolado en las aras de un amor imposible; la víctima indefensa de un horrible juego del azar y del destino sentimental; el holocausto vivo pero destruido por las garras felinas de la pasión más mons-

trouosa; desborda las ondas, salobres como lágrimas, de su amargura infinita, y, como quien vertiera la sangre caliente de una herida recién abierta, por aquello de siempre nueva y siempre vieja que decía Rubén Darío, musita con voz trémula y entrecortada.

Niña Esmeralda, Virgencita de mis sueños de loco, como de cien millones de fantasmagorías de mi vida, aquí tiene su obra... no su obra exclusivamente, digo mal, la obra del destino en colaboración con usted, con su crueldad de reina torturadora... No es esto un reproche... los labios de la raza de bronce no tienen derecho a formular reproches... yo me sentiría ampliamente resarcido de todo, de lo que ha sido y de lo que será, porque hasta en la celda del calabozo me ha de perseguir su silueta obsesionadora, si usted dijera que me perdona el delito por el cual los hombres me castigan, si su alma de diosa revelara que no cree en el abigeato que se me imputa... perdón, niña Esmeralda, si en medio a mi locura, heme atrevido a descorrer el velo de un secreto que debí llevarlo a la tumba, yo que siempre he tenido el remordimiento de amar a usted, como si se tratara de una pasión incestuosa y prohibida, pero es que ahora me siento ya al borde de la vida, al borde del concierto social y los cadáveres tienen derecho a hablar, a decir toda la verdad, más allá de las humanas apariencias...

Algo como un atragamiento de lágrimas, que pugnan por salir, anuda la garganta del indio y le impide seguir hablando, seguir disvariando...

En contraste, tras los puntos suspensivos del silencio; escúchase la voz metálica y encolerizada de Esmeralda, roja de indignación o tal vez de rubor; tartamudeante de orgullo satánico:

Silencio, indio atrevido... además de ladrón y canalla, sois un impostor y un ridículo pretensioso... con leyendas que sólo en la perspectiva del pensamiento manchan la dignidad de tus amas, pagas a la ma-

ño que te ha mantenido y proñijado.... busca otro sistema de defensa, no el absurdo de aparecer como loco e irresponsable.... Esta canción me hiere los oídos, Teniente Balseca; dígnese usted amordazar a su criminal y tenga mucho cuidado con él, pues es un sujeto sumamente peligroso....

Raúl recalca con una intención finísima. No te exaltes, Esmeralda, por los delirios de un loco y, lo que es peor, de un indio loco....

El Teniente Balseca, reacciona por fin del garrotazo de marras y, acatando órdenes bellamente imperiales, manda: Muchachos, amordácenle a este loco pícaro y resabiado. Bien lo decía yo: tiene veneno hasta en la lengua como las víboras. Y vámonos presto, evitemos una escena desagradable a la honorable familia de La Torre y de La Rosa. Más luego estaremos aquí, descargados de esta peligrosa presa, para aceptar la invitación de don Remigio.

El infeliz Atahualpa Montezuma, convicto y confeso del delito de abigeato, hasta con la prueba abrumadora del cuerpo del delito encontrado en su choza montañera; otra vez amordazado y amarrado con sogas al jamelgo policial; para despedirse de su tierra nativa, de su hacienda querida, de la princesa tan cruel y tan adorada, no tiene otro lenguaje que el de las lágrimas silenciosas que brotan en torrente, bañado su rostro de efebo de bronce, la mordaza torturadora e infamante y hasta las ligaduras de brazos y piernas, sobre el tropel que se aleja con rumbo al poblacho andino, con iglesia y también con cárcel....

Una doble estela emocional dispará y extraña ha dejado el paso del indio capturado: El alarido de pantera en cuello que brota del pecho virginal de la chola Adeleida, noticiada a última hora de la aprehensión del bien amado y que se lanza a todo correr por la carretera en inútil persecución de la cabalgata que se esfuma a la distancia (Raúl piensa para sus adentros

acerca de lo oportuno y humanitario que sería ir a con- tener a la desventurada Adelaida).... Y el estremeci- miento nervioso que recorre, tal el latigazo invisible de un raro escalofrío, por la enhiesta columna vertebral del maestro don Remigio, quien empieza por fin a com- prender en donde principia la comedia y en donde acaba la tragedia.... No en vano dicen sus familiares y ami- gos. Remigio es un hombre muy inteligente....

X

UN AMOR QUE AMANECE TRAS DEL CALABOZO

Epílogo. Han pasado los años con la rotación in- clusive con que da la vuelta la rosa de los vientos, con la cristalina indiferencia que nimba el éxodo de las olas, con la suprema impassibilidad de una caravana de nu- bes.... Son tres años y medio a lo que en un rincón de los andes, bajo el sol de un huerto semi-tropical en- lazáronse los destinos de Raúl Solórzano y Seminario y de Esmeralda de La Torre y de La Rosa y a lo que el indio Atahualpa, el hijo del mayordomo de una hacienda de la serranía, fue apresado y remitido al panóptico, por el delito de abigeato.

Una vez y otra vez las horas tejieron el aravesco de su danza monótona y absurda; una vez y otra vez las pasiones humanas galoparon sobre la pampa extensa y a través de los riscos abruptos; una vez y otra vez las tempestades azotaron el lomo de la cordillera y los soles secaron los pantanos que las primeras improvisaran. Una vez y otra vez la primavera rompió el frasco de perfume plural de sus florescencias múltiples y el otoño

dejó su canción de hojas secas y rubricó su pincelada de amarilleces convalecientes....

Para la página eternal de la evolución cósmica, aquella que gesta en el laboratorio de la naturaleza y se despliega en el abanico de lo infinito, no ha tenido la menor importancia aquel minuto desglosado al horologio del tiempo.... Nada.... Cuando más un accidente en medio de la vorágine de las grandes transformaciones.... Pero, para el microcosmos de los pequeños grupos humanos, para el diminuto sector de un área psicológica, el desfile de pocos meses ha dejado huellas profundas, ha dejado verdaderos rastros paleontológicos, sobre la piedra inerte y surcos de hondo destrozo sobre la materia viva....

Es en la atmósfera sombría del Penal "García Moreno", en donde Atahualpa Montezuma, el fuerte dominador de la cordillera y dominado, esclavizado por las tragedias de la vida y las crueldades del destino, ha sentido, con la modorra de todos los hombres sepultados en vida, como la mano infatigable arrancó tres hojas del calendario, a fin de que el pasado, tal un canasto para deshechos, las recoja en su seno propicio. Y luego el carro de la basura las lleve hacia el final del olvido piadoso....

Atahualpa en la vida de presidio ha perdido lo poco de personalidad que sobre la pampa tenía.... Hasta el nombre, la etiqueta humana que a cualquier pobre diablo acompaña, ha sido sobre él abolida. Ya no es un hombre, es un número de catálogo de delincuencia. Se le conoce con la denominación de "El penado N° 55".... Y cuando se quiere hurgar en sus apellidos o especificar detalles de su individualidad, el carcelero añade: "Condenado a ocho años de reclusión menor por comevacas".... Es todo lo que resta de su yo destrozado y para siempre carcomido.

La celda impersonal, el supremo avance de la crueldad penalista, ha hecho que se sienta como en fami-

lia, acompañado por las cosas paralíticas y bañadas de silencio, son realmente hermanas, muy hermanas tuyas: las rejas que dosifican la claridad diurna, la silla que se apropia de sus fatigas y grandes cansancios; las baldosas siempre frías y siempre espejeantes y relucientes, por obra y gracia de sus cuidados de higiene cotidiana; el lecho de pobreza franciscana y muda desolación. (Prefiriera dormir sobre la aspereza del suelo desnudo, pero a campo abierto, sin más murallas que los montes lejanos, los horizontes que ciérranse de suyo y la techumbre azul del cielo).... Y la puerta cada noche asegurada, de 8 a 9 p. m., por el alcaide solícito....

Durante las interminables noches de insomnio, cuando el indio infeliz se arrepiente de haber llegado al delito empujado por la fuerza irresistible de una pasión desbocada; cuando a pesar de todo, a pesar del tiempo terco y de la reflexión que roe como polilla infatigable, despunta radiante, sobre las tinieblas de la prisión, la silueta plenilunar y magnífica de la niña Esmeralda, cada vez más atrayente y sugestiva; Atahualpa tiritita, no sólo de emoción, sino también de frío, pues el latigazo huraeonado que viene de la vecindad de las grandes montañas en el clima de Quito, al cual no se adapta todavía, le hace evocar, la caricia cálida, dulcemente cálida del valle nativo, aquel bello pueblo de Paute, engarzado en una hendidura de la cordillera y ahora tan distante y tan querido!....

Pero no, pensándolo bien, le agita un error extraño a la mera perspectiva de volver al campo. Es la eterna ilusión, siempre acariciada y siempre desvanecida, de la libertad para un encarcelado, sueño similar al de un pájaro que espera romper con el golpe de sus alas los alambres de la jaula hostil.... Volver al terrón nativo: ¿Para qué? El escándalo pueblerino de ser un egresado del panóptico; nadie está al cabo de saber las causales del delito, la raigambre psicológica de un abigeato vulgar.... Y luego, el espanto que ahora ha

cogido a las pasiones bravías desarrollables tan sólo, según piensa él, en medio de la naturaleza selvática....

Por otra parte, el presidio, entre tantos daños sin nombre, le ha deparado un bien positivo: armarle para la lucha por la vida en el seno de las grandes ciudades, es decir, para el proletariado no morir de hambre paulatinamente; hále enseñado en el taller correccional el arte un poco sugestivo de la zapatería, la formación de estuches, para las joyas de muchos piecitos femeninos. Ya tiene como vivir sumergido en las que él se figura grandes cosmópolis, cambiando la barreta y el arado por la lezna y el martillo....

Atahualpa ha encontrado siempre más placer que en la ración diaria de sol, que en la hora consabida para deambular por los jardines y gozar del aire libre, contrastador con la atmósfera viciada del calabozo abovedado; en la clase práctica de artesanismo; en la lección con ritmo de jornal pagado con calderilla.... Se halla resarcido del dolor de la sepultura artificial, con el derecho de opción a la biblioteca de presidio, en donde aprendió a leer periódicos y revistas y con la refrendación del título extraño y sin cartulina de zapatero aprendiz....

En un día de visitas en la ciudadela del penal. Los tres pisos de los numerosos pabellones están como si diéramos enbanderados de alegría, con la presencia de parientes, amigos y relacionados. Solo el "appartement" de los detenidos políticos mantiene el muro de silencio de la incomunicación más rigurosa. El barrio proletario de "El Aguarico", antesala urbana del panóptico, aparece congestionado de un ir y venir de visitantes que se acercan con cara fúnebre y rictus de actores trágicos y en la puerta del presidio, ante la Prevención de la Guardia militarizada, se ponen una máscara de alegría escarnándose con una sonrisa ritual, a fin de que la santa misericordia de la pose violenta no exacerbe el sistema nervioso, hiperesteciado de los huéspedes de la Fortaleza del Sufrimiento y del Palacete de la Angustia.... Los guar-

dianes civiles con la pistola oculta en su uniforme gris, se multiplican en actividades inusitadas que nadie entiende, apreciando y despreciando como exhalaciones, ya en una parte, ya en otra parte, todo lo cual se traduce en la misión del control disimulado.

El pobre indio de pálida belleza varonil atristada, el venado de la cordillera extraviado en los zarzales de una prisión por ocho años; el selvático desanalfabetizado, que los compañeros de presidio, "un Jefe Nato", un gran maestro en las complejas enciclopedias del crimen y la degeneración, y que ha resultado todo un desencanto, un pobre diablo que tiene altares a la Virgen María en la intimidad de su celda y en la intimidad de su corazón y que con timideces de niño se ha negado a encabezar y hasta a participar en cualquier amago de complot, pero, eso sí, sin llegar jamás a la delación ni al esbirrismo que con justicia no perdonan nunca las almas tercas de los penados; el desgraciado Atahualpa perflase tal un monge de presidio, el "Capellán", como le llaman burlescamente los camaradas de infortunio; por la conducta línea recta observada dentro de la "Amoralidad Ambiente", conducta que nadie se preocupa de subrayar para el perdón del tiempo, indulto parcial que dirían los abogados en las protocolarias visitas de cárcel; por el mutismo litúrgico en el que vive enfundado la mayor parte de las horas, tal que si gustara de pasar a solas consigo mismo, tal vez asistiendo a alguna transformación geológica de su psiquis primitiva... y hasta por la desconexión con la realidad exterior que le es característica, pues la Soledad es la única pariente que le visita y el Silencio y el Aislamiento son los únicos amigos que suelen venir a verle...

Cuántas veces, a toda conciencia del absurdo en el que soñaba, se ha hecho la ilusión de que algún amigo lejano, algún pariente perdido en la distancia del mapa internacional, vendría a visitarle el día domingo, día de lujo de la semana mil veces monótona, día en que hasta a

los presidiarios les es permitido, acariciar algún ensueño, que por lo general no se realiza! Cuántas veces, desde la profundidad de su tragedia anónima ha pensado en que el día más imprevisto una mano cordial, de dulces suavidades femeninas, podía aparecer en el horizonte penumbral del presidio, tan solo con el objeto humanitario de poner una venda de consolación sobre su herida a medio cicatrizarse, sobre su corazón llaga viviente de locura, como diría el otro! Y nada en vano, por saborear la realidad de sus elucubraciones, vistióse con traje de recepciones y salió al jardín adyacente, con el gesto listo para dibujar un saludo y con la mirada infatigable para buscar a la persona deseada en medio a los cientos de visitantes plurales y eterogéneos Cuántas veces hubo de retirarse! a dormir fatigado por el esfuerzo, agotado por la emoción de la espera inútil y más triste que nunca, contemplando cómo la realidad suele destrozar el primor de la ensoñación y cómo la única verdad es la de su desolación infinita, desolación comparable tan solo al páramo con bruma que sus ojos contemplaron en muchas ocasiones, allá en la infinitud de la Cordillera!

Pero la vida es así: gran maestra de contrastes violentos; hoy, domingo 22 de Marzo sucede lo inesperado. Una mujer de graciosa simpatía morena, tal un clavel de huerto arrabalero, busca al presidiario Atahualpa Montezuma, costándole no poco trabajo dar con el penado N^o 55, única placa de identificación del hombre que pierde hasta la vulgaridad de un hombre!

La emoción del encuentro es demasiado fuerte. Tanto que anuda la garganta, hace tartamudear y nubla con vaho de lágrimas las pupilas de ambos. Después de un largo momento de paralización alhelada, estallan las reacciones en la rúbrica viológica e instintiva de un abrazo profundo, marginador de nuevas rutas

Descorrido el velo de los fervores primigéneos; acentuados más aún si cabe por el hecho de ser "ella" la primera persona a quien puede Atahualpa hablar con el co-

razón, después de tres años y medio de aislamiento forzado; empieza por reconocerla y anotar los cambios que durante tan corto y tan largo lapso de tiempo la bella visitante ha experimentado. . . . Es Adelaida, "La Reina de la Campiña"; es la mujer que siempre le ha amado, y sin recabar siquiera el sentimiento correlativo de una correspondencia afectiva. Es la mujer cuyos lamentos desgarráronle los oídos cuando marchaba preso, al galope de la escolta presidida por el Capitán Balseca, mientras latigueaba aún su rostro el vocabulario insultante de la "niña Esmeralda".

Ahora, la Adelaida es también como una "niña", viste traje de burato y calza zapatos de terciopelo. Una ligera toilette acentúa la frescura de su carita ovalada y petalar. . . . La melena de estilo, con temblores de arca estremecida se agita de asombro sobre una mueca perfecta. Esto. . . . y un pensamiento angustioso, tal vez triste de celos inesplicables, pues nunca Atahualpa le ha querido de verdad a "La Reina de la Campiña", es lo que emerge en la subconciencia del indio, como primer racimo de impresiones. . . . Acaso ella, la flor que él no supo engastarse en el ojal de la solapa, se presenta en edición de lujo merced al dinero de algún amante clandestino, gran señor cargado de años, de pasiones extraviadas y de joyas, como son todos los sugestionadores de las muchachas campesinas e ingenuas. . . .

Como si ella, con el instinto sutil de la mujer que ama, hubiera leído en el rostro de Atahualpa la sombra agorera de la sospecha nefasta, se anticipa a decirle: Desde hace seis meses estoy en Quito, pero no he querido venir a verte, a pesar de que mi corazón estaba dentro de tu calabozo (¿no lo oías latir en las largas noches de insomnio, como un reloj familiar y conocido?), por muchas razones. Primera, porque deseaba decirte que merced a mi trabajo honrado y a mis esfuerzos infatigables, te lo juro por Dios, Atahualpa, he conquistado una posición económica que me permite sin necesidad de recurrir

al apoyo de nadie.... Sería largo de contarte, pero he llegado a poseer una fonducha de arrabal, aquí, en "El Aguarico" muy cerca de tí.... Vendí las tierritas herencia de mis pobres padres que en paz descansen, y no tuve más ilusión que venir a establecerme a tu lado, así nunca me llegues a querer.... Segunda: Porque esperaba el día de tu onomástico o natalicio, ¿cómo se dice Atahualpa?.... ¿Recuerdas la fecha en que allá, en el campo tan malo para nosotros y tan querido por nuestros corazones, festejábamos el día de tu santo?....

Esperaba la fecha cómplice para ahondar la impresión de mi visita en tu alma tan delicada y para revelarte una vez más la naturaleza de mi cariño loco.. Tercera: Porque quise intencionadamente que el mayor tiempo posible de soledad te enseñe con la lección en carne viva, del dolor a distinguir entre los seres que te quieren y los que te han hecho un juguete de sus locuras y tragedias.... Todo lo sé, Atahualpa.... Pero no he podido resistir por más tiempo el afán de verte y procurar que se mitiguen tus sufrimientos.... Finalmente, he querido estar en capacidades de ofrecerte el pequeño testimonio de afecto sincero de un bocado de comida, que de hoy en adelante no mendigarás al Estado cruel e incomprendivo, sino que tendrá un enorme placer en servirte la Adelaida, desde su humilde restaurant, gracias a Dios con algún éxito.... Atahualpa le interrumpe: Oye, Adelaida, yo jamás en mi vida he podido ser hipócrita ni incinero: lo que pienso, lo digo, y se acabó. Y más ahora cuando la prisión me ha enseñado tantas cosas. Al verte con las apariencias con que estás, te digo francamente, pensé que habías buscado el camino del concubinato como mejor método de vida y que venías a visitarme por un raro capricho de esos que tienen todas las mujeres, quizá por mera curiosidad. Pero, en tus palabras palpita tal latido de sinceridad, que pienso no engañarme, creyendo que expresan la verdad desnuda, esa que sólo poseemos las gentes del campo, como tu y como yo..

Por fin, Adelaida, me has llegado al fondo del corazón. Yo no supe comprenderte antes de ahora. He sido un imbécil, un perfecto imbécil. . . . Si no hubiera estado ciego, habría aquilatado el oro puro de tu corazón de veinticuatro quilates. . . . Y entonces, rico de afecto y cariño verdadero, me habría evitado tantos sorbos de amargura tóxica a lo largo del camino viacrucis. . . . Sin embargo, no hay mal que para bien no venga, como solían decir nuestros abuelos. . . . Hoy bendigo la tortura infinita del calabozo y la angustia de los años consecutivos de prisión, tan solo porque ellas me han deparado la oportunidad de aprender a conocerte. . . y de empezar a amarte. Atahualpa dentro de él se dice (había aprendido a viviseccionarse con el bisturí de la introspección): La dulzura que ahora experimento y que baña de bienestar mi alma atormentada, no es indudablemente una pasión; es talvez el comienzo de un amor que amanece como extraño fruto de una mezcla de compasión, de gratitud, y de serena cordialidad. Aún se dibuja en lontananza la silueta febril de la "niña Esmeralda", aunque sea cada vez más desvanecida hasta por el detalle, tan influenciante en cierta clase de espíritus, del aspecto semi-aristocrático que ha venido a imprimir un aroma de provocativismo en la belleza rural de "la Adelaida. . . ."

Ella, parece que siguiera, como un cazador de rastros, la trayectoria de los pensamientos de Atahualpa y acaso por resaltar el resto de emociones del pretérito, cambia de conversación: Mucha agua ha pasado bajo nuestros puentes, Atahualpa. Tengo una porción de noticias de la tierruca, que contarte. . . . Es materia para muchos días de largas sesiones, pero enfilearélos recuerdos de más relieve. . . .

La niña Esmeralda es hoy una envejecida prematura. . . . Siempre bella, pero con una belleza de Dolorosa. . . ! Ha sufrido demasiado. . . . El marido, ese señorito Raúl, tan antipático desde el primer instante, le ha resul-

tado un calavera y algo más para lo cual no encuentro calificativo. Derrochó gran parte de la fortuna de la niña, pues el patrón Remigio murió a poco del matrimonio aquél, murió de amargura, según dicen muchos. Le dejó con dos hijos, pero le trataba tan mal que, a pesar de esos lazos vivientes, ella tuvo que divorciarse. Cuentan que llegaba a la insolencia terrible de llevar a su propio hogar a las queridas del momento y pretender obligar a la señora a que sirva y atienda a las intrusas ... La niña Esmeralda vive hoy con la mamá, repartiendo su tiempo entre el cuidado de los bebés y la lectura de las novelas, costumbres que no ha perdido todavía.... Casi nunca se le ve sonreír y jamás frecuentar lo que ellos llamaban "la sociedad".....

El gesto de ansiedad dibujado en la cara de Atahualpa al primer momento de la narración, ha ido borrándose lentamente hasta desaparecer por completo, como si algo de su emotividad se hubiera undido para siempre en el pretérito. Calmadamente, con una seriedad hierática exclama: ¡Pobre gente, que Dios les perdone!, tanto al señorito Raúl, como a la niña Esmeralda, todo el daño, el enorme daño que me hicieron....

A la niña Esmeralda, tal vez.... Pero al señorito, creo que nó, pues cuentan los viajeros que causa lástima contemplarle en la ciudad de Guayaquil, sumergido en los más bajos fondos sociales. Algunos agregan que es el dueño de una Casa de Préstamos y que vive de la explotación del pobre.... ¡Que el Señor nos ampare!, termina diciendo Adelaida.

Y la señora Eulalia....? Qué hace la pobre madre que tanto idolatraba a su hijo?

En la imposibilidad de encausar al torrente salido del cauce y acaso por no mirar la tristeza del futuro, cerró los ojos para siempre, hace poco más o menos año y medio....

Pero, todo esto nos importa muy poco. Está demasiado lejano en el tiempo, en el espacio y en el mundo de las afecciones, para nosotros.... Cuéntame más bien.... ¿Qué ha sido de mi pobre padre? ¿Por qué el viejecito querido no ha venido a verme, como tú? ¿Por qué siquiera no me ha escrito algunas líneas de vez en vez?

Esperaba que tú me preguntes; Atahualpa, sobre tu padre. No mismo he querido darte un golpe cruel, en medio de las mil torturas que aquí te martirizarán. El pobre viejecito, después de trabajar unos pocos meses en una hacienda cercana, enfermó de gravedad; decían que le dió un ataque cerebral; luego, yo personalmente le he visto varias veces en un lecho del Hospital de Cuenca, imposibilitado de caminar, tal como permanece hasta ahora, según informes que no me he descuidado en solicitar, pues todo lo que te interesa y es caro a tus sentimientos, lo es también para mí..

Un intermedio de silencio. Preñado de lágrimas. Tenso de angustias contenidas..... Uno, dos, tres, diez minutos..... Luego..... ¿Adelaida, has de venir a verme todos los días.....? No te has de fastidiar del pobre sepultado en vida.....?

La respuesta, un chasquido de labios y lengua.... No se avanza a oír, pues los guardianes anuncian impasible la hora de salida.....

Es el amor que amanece, tras de los muros de un calabozo. El amor omnipotente que todo lo redime y todo lo perdona..... Adelaida sale pensando en que la prisión ha envejecido notablemente a su bien amado, pero que ella sabrá rejuvenecerlo y ponerle otra vez, fuerte y robusto, ante la vida exigente de luchas y esfuerzos. Atahualpa siéntese por primera vez enhebrado de una dulce felicidad inexplicable y, sin saber qué hacer, retírase a su celda N^o 55, para elevar, con la fe del carbonero, una oración fervorosa a la Virgen María.....

IMPRESA INDUSTRIA

Quito--García Moreno 39
